

CORRESPONDENCIA

FERNANDO POO

San José de Banapá.—Origen de este pueblo.—El niño Isidro ejerce el apostolado entre los suyos.—Catequesis, bautismos, matrimonios y confirmaciones.—Dedicación del pueblo á San José.

A ORILLAS del Noya, afluente del Muni, escribe el R. P. Armengol Coll, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, había un pueblo numeroso de pamues venidos del interior del continente africano. Era frecuentemente visitado por los Padres misioneros de Elobey, y en una de sus excursiones el jefe del pueblo entrególes algunos niños para que fuesen educados en la Religión católica. Después de haber terminado su primera enseñanza pasaron á nuestro colegio de Banapá, destinado á enseñanza de artes y oficios.

Uno de esos niños, llamado Isidro, que aprendía el oficio de carpintero, cayó enfermo, y para ver si se restablecía con el cambio de clima, los Padres misioneros le trasladaron á la Misión de Concepción. Recobrada su salud, el muchacho intentó quedarse en dicha Misión y abrir allí su finca, á imitación de las demás familias bubís del pueblo; pero no juzgaron conveniente los misioneros acceder á su deseo, por los malos resultados que se siguen de la mezcla de tribus, y así enviáronle á su pueblo del continente, lo cual sin duda fué providencia de Dios, que le tenía destinado para apóstol de sus paisanos.

Con la educación religiosa recibida en la Misión, era su conducta muy desemejante á la de los suyos, y viéndoles idolatrar, no sufrió á su corazón pasar en silencio tan enormes crímenes; así es que con el acento característico de su raza, y sin pararse en formas oratorias, les comenzó á ponderar las ofensas hechas su Criador y las penas á que se exponían, pintándoles el infierno con tan vivos colores, que á semejanza de los judíos al Bautista, desde luego le preguntaron:

—¿Qué hemos de hacer para librarnos del infierno?

—Id á los Padres misioneros y estableceos á su lado, que ellos os instruirán, os bautizarán, y cuando estéis enfermos os darán los Sacramentos y así no iréis al infierno.

Hizo tanta impresión este discurso en el auditorio, que desde luego, determinando poner en práctica su consejo, le dijeron:

—¿Dónde están esos Padres misioneros?

—En Banapá de Fernando Poo, donde yo me he instruído, y donde los Padres quieren hacer un pueblo, contestó el muchacho.

—Y ¿de qué medio nos valdremos para trasladarnos allá estando tan lejos? (á ciento ochenta millas).

—Decidlo á los Padres de Elobey que ya conocéis, y ellos lo arreglarán todo.

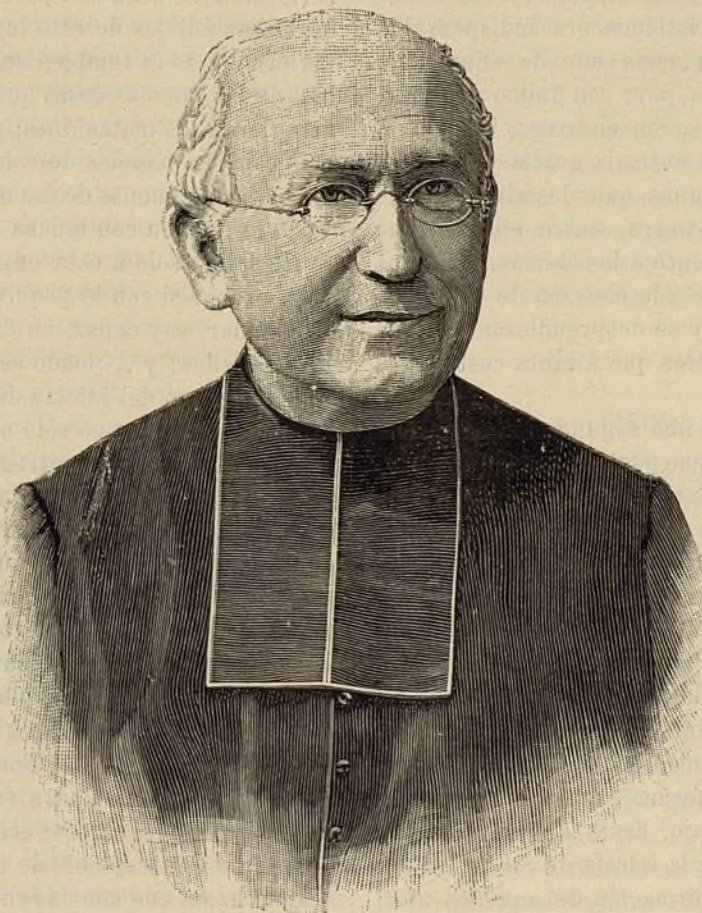
Puestos de acuerdo con el P. Bolados, superior de Elobey, éste fué por ellos con el balandro de la Misión; y cuando supieron que se acercaba al pueblo, varios hombres robustos salieron á recibirle con sus cayucos,

llevando el balando á remolque contra corriente, operación penosísima, que á ellos se les hacía muy suave, poseídos como estaban de grande entusiasmo. Embarcáronse en el balandro varias familias que formaban por junto cuarenta personas, y haciendo escala en Elobey para proveerse de víveres y de una dotación conveniente para el manejo del balandro, se hicieron á la vela para Santa Isabel de Fernando Poo, á donde llegaron felizmente, no sin haber padecido mucho durante el trayecto de ocho días.

No contando los Padres de Banapá que llegaran tan pronto sus queridos pamues, hubo necesidad de alojarlos provisionalmente en unas casitas de bambú destinadas á los krumanes, las que, si bien desmanteladas, ofrecíanles tanta ó

mayor comodidad que las de su tierra. Y no fué sólo esto, sino que ya desde el primer día hallaron sin trabajo alguno abundancia de plátanos, que en su país habían de adquirir á costa de grandes fatigas, con lo cual su establecimiento en Banapá vino á ser para ellos como una tierra de promisión.

Comparando su situación con la de los inmediatos vecinos de Santa Isabel, avergonzábanse de su desnudez; y aunque la Misión les suministró algunos vestidos, sus primeros trabajos se dirigieron á ganar lo necesario para vestirse con más decencia; de suerte que al cabo de un año, no sólo no había en ellos punto de comparación con los de su país, sino que apenas se notaba diferencia en el traje con los habitantes de Santa Isabel; todo lo cual prueba su pundonor y laboriosidad.



R. D. ENRIQUE ARMBRUSTER, superior del Seminario de las Misiones Extranjeras. (Pág. 166)

Por su parte los misioneros, que no perdonaron dispendios ni sacrificios para formar el pueblo, facilitándole materiales é instrumentos para construir sus casas, pusieron su principal cuidado en disponer sus corazones para hacerlos digna morada del Espíritu Santo.

A medida que iban los pobrecitos pamues conociendo las verdades de nuestra santa Religión, concebían grandes deseos de entrar en el seno de la Iglesia católica mediante las aguas bautismales; pero los misioneros prolongaban de propósito la catequesis para probar si serían constantes en abominar sus prácticas gentílicas, mayormente la poligamia, que para ellos había de ser el paso más trascendental.

Aunque habían venido advertidos por el joven Isidro de que para llegar á ser cristianos era indispensable quedarse con sola una mujer, cada uno de ellos trajo las dos, tres ó más que tenía, pero con ánimo de dejarlas antes de ser bautizados. Sin embargo, llegado el momento crítico de la lucha entre la gracia y las costumbres paganas, hubo algunos que desfallecieron de ánimo y se volvieron á su tierra, entre ellos el que hacía de jefe. Esto no desalentó á los demás, sino que procediendo inmediatamente á la elección de otro jefe, renunciaron á la poligamia y se desprendieron con heroica resolución de las mujeres que á tanta costa suya habían adquirido.

A los seis meses se formó una segunda expedición de pamues procedentes del mismo pueblo que los primeros, viniendo á engrosar el de San José de Banapá; y en prueba de que se proponían abrazar la verdadera Religión, trajeron consigo, para entregarlos á los misioneros, todos sus fetiques, entre ellos los cráneos de sus antepasados, que fueron enterrados inmediatamente, siendo destruidos los demás amuletos.

Dado este paso é instruídos convenientemente en el Catecismo, fuéronse admitiendo por parejas á la recepción del santo bautismo, á medida que se iban arreglando los matrimonios en forma canónica, y pasados algunos meses, el 29 de Junio, fiesta del Príncipe de los Apóstoles, se verificó en la iglesia de Santa Isabel, con toda solemnidad, la confirmación de aquellos afortunados neófitos, comulgando después en la Misa mayor con edificante devoción y compostura. ¡Quién hubiera dicho que aquellas gentes, tan decentemente ataviadas y con tales formas de urbanidad y cortesanía, eran las mismas que dos años antes vagaban desnudas y errantes por los bosques!

A propuesta del jóven Isidro, que era ya cabeza de familia, todos unánimes convinieron en que se colocara el pueblo bajo la advocación y patronato del virginal Esposo de María Santísima, llamándole desde entonces *San José de Banapá*. Este pueblo, cuyos individuos se aproximan á ciento, con su piedad, sumisión y amor á los misioneros está proporcionándonos, desde su conversión, dulcísimos consuelos, no menos que los pueblecitos católicos bubis instalados en San Carlos y Concepción, y nos alientan más y más á no arredrarnos por la tribulación ni desfallecer en el sacrificio.

MÉJICO

Misión de Tarahumara (Chihuahua).—Un convite de los tarahumaras al Padre misionero

El R. P. Tomás Rodríguez, misionero josefino, escribe desde Sisoguichic, el 19 de Noviembre de 1896, al R. D. José María Vilaseca:

CARÍSIMO Padre: En este momento, tres de la tarde en el meridiano que arreglamos, acabo de llegar á esta parroquia, después de andar en la sierra desde el domingo que salí, después de Misa, del pueblo de Cuzárare, con el fin de arreglar algo para la fiesta de María Santísima de Guadalupe, y ordenar el programa de tal manera que quepa en la pobreza y escasez de estas montañas; pues los indios se encargan de hacerlo, aunque sean con parásitos de los encinos, y otros hermosos follajes de este lugar que tienen vida en el invierno. Les di también cuantos adornitos me quedaban de las muchas cosas que me enviaron, con lo que arreglaran los matachines, danzantes... ¡Quién tuviera más espejos, papeles de colores y demás adornos que las personas buenas de ésa me enviaron! ¡Pobres indios! Todo lo reciben con mucha gratitud.

He salido solo á esta expedición y sin qué comer, para probar si con lo poquito que voy aprendiendo en tarahumar, soy capaz, en dado caso, de darme á entender con ellos; y... ¡loado sea Dios! Allá anduve, donde ni pizca saben del idioma de Castilla; y gracias á Dios platiqué mucho, y no sólo me entendían, sino también yo entendía á ellos: arreglamos la futura fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, y quedaron muy animados; pero no permitieron mi partida, sino que me convidaron á comer: comida que yo acepté lo mejor que pude. Estaba en la casa principal, donde las mujeres, aunque sin camisa y del todo desnudas de su medio cuerpo, por lo menos usaban una frazada enredada que les llegaba tantito á más abajo de la rodilla y es todo; y todas con un miedo tan grande á los de razón, como éstos pueden tenerlo al demonio. Comenzaron por hacer las tortillas al Padre (teniendo en cuenta que no saben hacerlas); pero sí echan tanto sebo á la masa hasta que es susceptible de no quebrarse, y siguen torteando hasta que concluyen con ella. Hechas las tortillas, las ponen en el suelo; siguen los fréjoles, á como se arreglan para el Padre, les echan una bola de sebo; y ya deshecho quedan fritos. El atole ya está hecho y mientras se está cociendo el agua de pinole, prueban el punto de uno y otro con la cuchara de sus dedos. Otros más industrioses le echan sal, pero tanta, que el atole y el salero son uno mismo; ¡brava cosa es! Se me obsequió además, con un plato extraordinario; así cogieron la sangre de un chivo y el menudo, y lo guisaron revuelto con fréjoles. ¡Qué platillo tan sabroso para ellos! mientras que mi estómago ya no aguantaba. Sin embargo, se los alabé; me ponían un plato, que en un descuido, con cuidado, daba yo un parte al indio que de cordillera iba llevándome la caja de ornamentos, y la otra á mi buen perro, que ha sido mi compañero en este viaje. Aun no olvido la capa que cubría el guisado; pero siempre di lo necesario á mi estómago con manzanas, papas y excelente pinole. Ellos están muy pagados de que les he tomado algo de todo. De las embriagueces

de hombres y mujeres, no hablo hoy, será otra ocasión; pero sí son horripilantes las escenas; porque en tales momentos son fieras hasta en el instinto, y los chiquitos son los mártires de ese vicio, es decir, las víctimas.

Hay unos obstáculos *muy serios* para poderlos convertir y después civilizarlos; y se me hace muy preciso encomendar á las oraciones de la Comunidad de ambas familias josefinas, y á todos los devotos de San José, á estos pobres indios, que son salvajes verdaderos y á sus particulares oraciones se encomienda el más indigno de sus Misioneros de la Alta Tarahumara.

Otros doscientos cincuenta bautismos en la Alta Tarahumara

El R. P. Julio Delgado, desde Sisoguichic, escribe el 20 de Noviembre de 1896 á su R. P. superior D. José María Vilaseca:

Las varias y repetidas visitas á los pueblos, no me habían dado tiempo para dar á V. cuenta de nuestra Misión; y sus frutos comienzan á ser consoladores en medio de los trabajos que nos rodean.

Acabo de llegar del pueblo de Panalachic, donde fui por cuarta vez á celebrar la función que cada año hacen á María en su advocación de Guadalupe; el entusiasmo religioso les entra como á todos los demás pueblos, casi por grados; sin embargo, la esperanza no se pierde, y aunque sea poco á poco, esperamos hacer algo; y si no con la generación presente, por estar demasiado viciada con la embriaguez, inacción y demás vicios que han echado tan profunda raíz en estos pobrecitos, que no saben qué cosa es trabajar; sí con la generación venidera, es decir, con los niños de ahora, que son el objeto de nuestras instrucciones y desvelos; porque la raza tarahumara habiendo estado por tanto tiempo sin sacerdotes, sin iglesia y sin altar, se encuentra tan viciada, que el ánimo á veces decae y se entristece. ¡Pobrecitos! ¡Qué otra cosa podían hacer privados por completo de los medios destinados á la salvación!

En los pueblos donde hay vecinos de razón, algunos están infestados del Protestantismo; y como esta doctrina les halaga las pasiones y les autoriza los vicios, no son pocos los que la siguen: ya comprenderá que tengo en mi poder muchas Biblias y además cuadernos que reparten á porfía, y yo no tengo libros ni Catecismos que darles. ¡Ojalá que los devotos de San José me enviaran algunos!

Para que V. se forme juicio de estos puntos, le cito un caso que me pasó en el pueblo de Maguianichi, el día 12 de Abril del presente año. Habiendo recibido algunos insultos de estas pobres gentes, después de gritar uno á mi presencia casi: «¡Muera el cura!» al ir á decir la Misa el día siguiente, se me presentan como ocho ó diez individuos á pedirme cuenta de mis sencillas predicaciones en favor del Catolicismo, y sin esperar para después de la Misa, quisieron que hablásemos antes, y no tuve más remedio que encomendarme á Dios y partir al punto. Fuimos á casa, y allí fué el proponer, preguntar y discutir por término de dos horas y más, no alegando más que cuestiones de rutina y frases muy vulgares: no sé decir á V. Padre, más que el que más hablaba y defendía, quedó tan mi amigo, que después de ofrecerme el carro y las mulas, como suele decirse, influyó para que en adelante todos

me respetasen, y aun hoy día me manda saludos y recuerdos.

Pero debo decir en honor de la verdad que era tanto el murmullo y vocería que hubo la noche segunda que predicaba, que me vi obligado á interrumpir mi sermón y dirigirles unas frases tan tronantes, que después de reflexionar, pienso que aquella resolución no vino sino de Dios. Esto hizo que se guardara silencio, y no hubo más voces ni murmullos.

En esta cuestión mucho me sirvió el Calasanz, porque me acordé de todas sus doctrinas.

Por el mismo estilo es el pueblo de Bocoyna, y aunque cuento con la mayor parte, sin embargo, no estoy conforme, hasta poner una escuela, para lo cual ruego á V. me dé un profesor que pueda ayudarme y que sea abnegado, para que podamos hacer algo. Los bautismos administrados por mí en estos puntos, son doscientos cincuenta, desde recién nacidos hasta algunos viejos de sesenta años.

Salgo mañana para los otros pueblos. Voy á establecer entre ellos la velación perpetua de San José, para que se acostumbren á venerar al virginal Padre de Cristo, y podamos convertir á estos pobrecitos; tengo ya el Apostolado de la Oración, y la comunión del viernes es muy satisfactoria, así como la reparadora, que es por turno.

TIERRA DEL FUEGO

Interesantes datos sobre la Misión de la isla Dawson

El R. P. Pedro M. Marabini, misionero salesiano, en Diciembre último escribe los siguientes apuntes:

Primera visita del Ilmo. Fagnano á su regreso de Europa

En el fondo de la tranquila y pintoresca bahía Harris, se presenta la hermosa población de San Rafael, coronada de bosques y colinas. Es tranquila y serena la tarde, y la bahía parece un espejo. Al silbar el vaporcito que nos lleva, se nota un movimiento inusitado, una agitación y regocijo extraordinarios. Todos corren clamando de gozo:

—¡Monseñor, Monseñor!

La goleta *María Auxiliadora* ya lo saluda con sus banderas, y banderas se izan en el acto en todas las partes de la población; en el colegio de los Salesianos y de las Hermanas; en varias casas de jefes indígenas; en todas las embarcaciones del puerto y de la Goleta; y en las mismas canoas indias que, alistadas en un momento, ya se deslizan al encuentro del vaporcito.

A lo lejos se adelantan ufanos los internos con los músicos, cuyos brillantes instrumentos reflejan los rayos del sol poniente. Por el lado opuesto se acercan las niñas internas acompañadas de las Hermanas, mientras que por todas partes salen indígenas que apresurados van á unirse con los demás en el muelle.

Apenas se presenta S. I. en la cubierta, en el muelle rompe la banda en toques marciales, y toda la población en vivas sin término.

Los indios manifiestan su contento con gritos salvajes, extendiendo los brazos hacia el mar. La recepción de monseñor es un cuadro acabado.

Régimen de la Misión.—Grandes adelantos.—Trabajos del misionero.—Usos y costumbres de los indios

En los pocos días de mi permanencia en nuestra Misión de San Rafael tuve ocasión de imponerme personalmente de todo. Acostumbrado á ver tan sólo indios cuya presencia me causaba lástima y asco á la vez, fuéme de grata sorpresa el aseo y limpieza de aquellas niñas, especialmente, y mujeres que ya desde algún tiempo están allá asiladas. Las niñas internas en el hermoso colegio de las Hermanas, y los niños en el de los Salesianos, tienen regularmente sus horas de clase, estudio y trabajo manual. Objeto de admiración fué para mí la banda de música que se ha podido formar entre los internos, pues no sólo saben tocar, sino que saben también solfear y escribir las piezas que tocan, lo que indica aplicación y éxito en la misma teoría musical. Las niñas se distinguen por sus adelantos en las labores que les son propias, como lo han atestiguado personas competentes, labores que se enseñan también á las mujeres en talleres separados.

Los adultos viven formando familias en sus respectivas casas, y se dedican principalmente á los trabajos de ganadería y corte de maderas, mientras sus mujeres atienden á los quehaceres domésticos. Para todos hay sus horas de instrucción, y la reciben cotidianamente. En los días de obligación asisten todos juntos á la santa Misa, y oyen la explicación del Evangelio ó una instrucción lo más adaptada que sea posible á la común inteligencia. Los internos é internas se acercan con bastante frecuencia á los Santos Sacramentos, y en las fiestas más solemnes se confiesan y comulgan también los adultos ya admitidos á estos Sacramentos. Los recién llegados tienen su clase preparatoria al Bautismo y demás Sacramentos de nuestra Religión.

La Misión de San Rafael es, pues, una población de indígenas que marchan por el camino de la verdadera civilización cristiana, gracias á una protección particular del Señor y al celo constante y abnegado de los misioneros y Hermanas.

El *facere et docere* no habrá tenido nunca aplicaciones prácticas tan pronunciadas, pues estos indios necesitan siempre del ejemplo.

Con el objeto de que se forme V. alguna idea de la dura labor del misionero para comunicar á estos indígenas costumbres de vida cristianamente civilizada, le anotaré algo de su vida anterior, según lo presenciado, y datos que me han proporcionado. En nuestra Misión de San Rafael están asilados indios *alacalufes* y *onas*. De éstos le hablaré, los cuales, en cuanto á costumbres, no se diferencian de los primeros en otra cosa notable, que en no saber navegar.

Religión

Tienen alguna idea de un Espíritu bueno y otro malo. Para el bueno se ignora exterioridad de culto, y la idea de su existencia nos consta por el solo hecho de que le atribuyen á él, como favor singular, el naufragio de buques con provisiones de víveres, los cuales arrojados después á la playa, les proporcionan alimento sin trabajo. Asimismo le atribuyen las grandes cantidades de peces que la marea, al retirarse, deja en seco; entre

ellos queda alguna vez la ballena. Refiriéndose á tan gratas sorpresas, como también á los naufragios, aseguran que el Espíritu bueno les da muchas pruebas de protección con estas extraordinarias provisiones.

La creencia en el espíritu malo la manifiestan especialmente con respecto á los enfermos. El doctor, brujo, llamado por un enfermo de indigestión, por ejemplo, que no es caso raro, tiende al pobre paciente y empieza á fregarle y á golpearle con manos y pies, revolcándole con toda su fuerza como hacen los cocineros con la masa, soplando al mismo tiempo y dando gritos muy estudiados. Así sigue mientras le quedan fuerzas. Descansa un momento junto á la pobre víctima para comenzar de nuevo hasta cuatro ó cinco veces el mismo ceremonial. Este tratamiento sólo concluye cuando el paciente se ha tranquilizado, es decir, cuando su desfallecimiento y postración le impiden todo movimiento, ó bien, cuando el paciente es frío cadáver, lo que con harta frecuencia acontece. Estas operaciones tienen por objeto alejar, arrancar del cuerpo enfermo al espíritu malo, que en el caso dicho sería la enfermedad misma.

Entierran los cadáveres sin ceremonial alguno, y abandonan el lugar. Sin embargo, por algunos días lloran sus muertos á horas fijas, reunidos en coro con una cantinela sin lágrimas, pero muy triste. Durante esta lúgubre función cotidiana, provistos de vidrios ó piedras cortantes, se hieren horriblemente las piernas hasta derramar copiosa sangre en señal de duelo. La poligamia no es caso tan raro como lo creíamos. La mujer es verdaderamente esclava del hombre en el sentido más humillante de la palabra. El indio no piensa en otra cosa que en el arco y las flechas. Una de las muchas supersticiones de los indígenas, es la de creer que la luna se lleva y se come á los niños. Tal vez una sustracción memorable habrá coincidido con el primero ó último cuarto de la luna, y la inculparon y generalizaron el caso. Como natural consecuencia de esta creencia, guardan muy escondidos á los niños al salir la luna *flaca*, mientras los dejan con entera libertad á la luna llena ó, como dicen ellos, *gorda y sin hambre*.

Alimentos

Como en estas latitudes no se dan ni siquiera frutas silvestres, el alimento es tan sólo la presa de la caza y de la pesca. El más común para ellos es el *coruru*, especie de grueso ratón que cava continuamente el terreno: lo ensartan con un palito terminado en punta mientras está minando, y cuando tienen un número suficiente para una comida, número que según sus cálculos y consultas con el ventrículo, puede llegar hasta varias docenas, los asan un poquito sobre la llama y, como están, se los tragan. También cazan el guanaco, *huanacus camelus*, cuadrúpedo de color casi bermejo que en tamaño, forma y ligereza puede acaso compararse con un ciervo sin astas. No tiene joroba alguna; de su nombre técnico me he dado cuenta viéndolo correr cabizbajo y doblado su largo cuello. En la Tierra del Fuego no abundan tanto como en algunos puntos de las Pampas patagónicas, donde, acompañando yo en Misiones al P. Borgatello, vimos tropillas que podían calcularse hasta de unos trescientos.

Es un animal poco asustadizo: al pasar nuestra caravana quedábanse todos mirándonos y relinchando aún á corta distancia. Su carne es sabrosa, y era nuestra golosina, como la carne y los huevos del avestruz. Los indios *onas* los cazan con flechas; y más fácilmente con ciertos perrillos cuyo aspecto revela á los naturalistas una mezcla de perro y zorro.

La existencia del guanaco en la Tierra del Fuego, como la de otros animales que abundan en la Patagonia y que no hubieran podido pasar el estrecho á nado; ciertas semejanzas que se notan entre los *tehuelches* (indios de las pampas) y los *onas*; el no saber éstos navegar y otros datos que ofrece la etnología juntamente con la geología de las costas, son argumentos que abogan por la conocida opinión de que en tiempos

A veces, como ya he dicho, se queda entre los peñascos una gruesa ballena, lo que es un favor del buen espíritu y una fiesta para ellos; fiesta que dura mientras no han dado buena cuenta de ella. Acuden como los perros al olor de la carne muerta, y sin más instrumentos que sus dientes, se ceban en aquella gordura cruda que á los civilizados produciría náuseas. El espectáculo, que se repite con frecuencia, no puede ser más repugnante. Yo he visto una fotografía que representa á los indios en posesión de una grande ballena, y por otra parte me han asegurado nuestros misioneros de Río Grande que el quedarse en seco una ballena no es caso muy raro, debido á las grandes mareas, á las frecuentes tempestades que reinan en este estrecho y á las condiciones de las playas, llenas de peñascos en muchos puntos.



CONGO.—Paisaje de los alrededores de Landana. (Pág. 158)

remotos la isla grande estuviera unida al continente. Como puntos de la opinada conjunción indícase la primera angostura que se presenta al principio, navegando el estrecho de Magallanes desde el Atlántico con rumbo al Pacífico. Es, en efecto, la más notable de todas, y reúne peligros de bastante consideración, en vista de los cuales se han dictado acuerdos y reglamentos de navegación á fin de que no se crucen en ella dos buques. Con esta unión quedaría explicada la presencia de los *onas* en la Tierra del Fuego sin conocer el arte de navegar. La pesca de los fueguinos consiste, por lo general, en recoger en la playa mariscos y peces, alguna vez ya en descomposición, dejados por el mar al retirarse.

En verano los indios tienen además gran cantidad de pájaros y de huevos, de que no son menos ávidos que de la gordura de la ballena, especialmente si encierran el pollito ya algo crecido. A propósito de alimentos, como prueba de que existen en la Tierra del Fuego tribus indígenas que no conocen todavía los que usamos los civilizados, recuerdo una curiosa anécdota que oí de boca del Ilmo. Fagnano. Una Comisión exploradora que recorría la isla grande, acampó un día á poca distancia de los indios sin darse cuenta de ello. Como es de suponer, llevaban buena provisión de víveres que descargaron de las caballerías y colocaron reunidos á un lado del campamento. Hubo un momento en que éste quedó abandonado por aquel lado, momento que apro-

vecharon los indígenas que lo habían observado todo desde sus escondites, para apoderarse de las bolsas, vaciar su contenido, galleta, arroz, fideos, fréjoles, café, etc., y llevárselas vacías para cubrirse.

Vestido y habitación

Por todo abrigo llevan algunos, colgados de los hombros, unos pedazos de cuero de guanaco que también llevan á la cintura; otros se ciñen la frente con una faja del mismo cuero, á manera de infulas. Todos, hombres y mujeres, llevan el pelo cortado á la capuchina, largo al rededor y una gran tonsura al medio, lo que debe ser un martirio cada vez que se renueva, pues sus peluqueros no cuentan con más instrumentos que piedras, pedazos de hierro ó de vidrio. Generalmente el duro y largo pelo que cae al rededor, y da á la cabeza la forma de un cono truncado, se lo tiñen de rojo, usando cualquiera materia; madera podrida, tierra, piedras, etc. Las mujeres llevan en los pies una argolla de nervios, particularidad que nos da á entender su esclavitud humillante. Los adornos del cuello son más raros, tal vez por ser un distintivo de mujeres de alto rango. El adorno que nunca las falta es un niñito que, tapado con el cuero de guanaco que lleva la madre, se asoma por detrás de sus hombros, cuando no es un perrito que algunas veces suple al niño hasta para mamar, como el P. Beauvoir lo ha visto.

Puede decirse que no tienen habitación alguna, pues no merece tal nombre un hoyo que cavan á manera de nido, y en el que duermen todos amontonados: hombres, mujeres, niños y perros, después de sus largas excursiones en busca de alimento: son raras las familias que clavan algunos palos en torno del nido y les aseguran algún cuero para quedar más abrigados.

Guerras

Su idea de propiedad, es mío lo que está en mi terreno, es evidentemente causa de frecuentes guerras entre las varias tribus. El más fuerte de ella es el jefe, al que todos obedecen ciegamente; va siempre acompañado de un ayudante que le lleva el arco y las flechas. Entre los jefes hay algunos tan exigentes, que para transitar ante su campamento se necesita un formal permiso, como lo cuenta el Ilmo. Fagnano entre sus mil y una aventuras. No quiero tocar otras causas de frecuentes luchas, especialmente con los civilizados, á saber, el continuo robo de ovejas, guanacos blancos, como las llaman los indios, aclimatadas aquí por algunos hacendados. Cuando los indígenas están á punto de venir á las armas, cavan fosas en donde sepultan á sus mujeres y niños para que no los encuentren los enemigos, pero los cubren tanto, que alguna vez quedan asfixiados. Cuando han llegado á vista del adversario, se despojan de sus ya escasos vestidos, y desnudos se adelantan con sus armas, que son flechas, y cuchillos de piedra ó hueso, y también de vidrio ó hierro encontrado en la playa.

Los *onas* son corpulentos y bien formados. Entre ellos hay alguno de una altura descomunal; S. Ilma. midió á uno que tenía 1'97 metros. A la altura corresponden en harmónicas proporciones el tronco y demás

miembros del cuerpo. Por el continuo ejercicio han adquirido muy buena puntería, y es raro que una flecha soltada del arco no vaya á dar en el blanco. Son crueles é inhumanos con los vencidos: los cortan á pedazos. Así concluyó sus días el infaustamente célebre capitán Antonio, indio alacalufe, instigador y autor principal de un atentado de asesinato en la Misión de San Rafael, ya hace algunos años. Era uno de los seis que intentaron asesinar alevosamente á dos misioneros, el P. Pistone, que aún lleva y llevará hasta el sepulcro una larga cicatriz en la cara, y el H. Silvestre, q. e. p. d., fallecido á los dos ó tres días á consecuencia de las heridas que recibió. Con el fin de curarse un brazo, casi enteramente cortado por un golpe de hacha dirigido á la cabeza, se dirigía con dos marinos á Punta Arenas á bordo de una pequeña embarcación de vela, llegada á la bahía Harris el día después del atentado en demanda de provisiones y ayuda de tripulación; pero en la travesía del estrecho, sorprendida por una furiosa tempestad, fué á chocar con las peñas ocultas de la Punta de San Valentín en la isla Dawsón, y se partió; los dos misioneros pudieron salvarse á nado; el H. Silvestre con un brazo en cabestrillo que le era de gran estorbo, luchó como mejor pudo para alejar la muerte, pero aquella lucha no era para sus fuerzas: las furiosas olas se llevaron su cadáver que desapareció para siempre, mientras el alma del mártir volaba al cielo á rogar por sus asesinos. El capitán Antonio fué el único que no quiso aprovecharse del generoso perdón que se le ofreció. No quiso volver á la Misión, donde sus cómplices fueron de nuevo cariñosamente recibidos por el mismo P. Pistone, y de continuo amenazaba incendios y muertes. Habiendo pasado á la Tierra del Fuego con algunos pocos adeptos suyos, peleó con los *onas* y fué aprehendido y descuartizado. Así lo cuenta su mismo hijo que le acompañaba, y que, habiéndose salvado con la fuga, pudo después pasar á buscar asilo en nuestra Misión, de donde parece que no tenga ya muchas ganas de salir en busca de aventuras. El cortar los miembros y la cabeza al que cae vivo en su poder, es un triste hecho ya averiguado varias veces.

Trabajo del misionero.—Personal de la Misión.—El último censo.—Dependencias.—Dificultades.

Los indígenas cuando llegan á nuestra Misión no saben cumplir con ninguna de las exigencias de la vida civil; no saben vestirse ni limpiarse; no conocen siquiera los alimentos, y se les debe enseñar también á comer: algunos de ellos, al principio, mientras rechazan la sopa y el pan, si se les da jabón después de haberles enseñado á lavarse con él, ó se lo tragan de improviso, ó, si se han lavado, tratan de beberse aquella agua espumosa. También se debe insistir mucho para que usen los vestidos y frazadas que se les entregan, y se requiere mucha vigilancia cuando están enfermos, á fin de que por el calor de la fiebre no salgan descubiertos al fresco ó á tomar baños, y aún más para impedir la intervención de sus médicos, brujos, que ellos mismos llaman con instancia, y que son muy hábiles para enviarlos al otro mundo aunque estuvieran sanos y buenos. En todas las reformas de su vida es necesario no pretender mucho de una vez, alentándoles poco á poco á

fin de que no se irriten con lo brusco del cambio. Los nuevos desean alguna vez hacer un paseo de quince días ó un mes, y conviene permitírselo; cuando han andado á su antojo, ó si de repente se hallan en algún apuro, encienden una gran fogata en la playa á vista de la Misión; es su telégrafo: nuestra goleta *Maria Auxiliadora* va á tomarlos, y ellos regresan á la Misión contentos de su paseo, y más contentos del amor que les manifiesta el misionero, recibiendoles siempre como á hijos queridos.

El censo último de la Misión de San Rafael, hecho por S. Ilma., dió un total de 278 indígenas, sin contar los que estaban de paseo; entre todos unos 400. Los atienden 48 personas entre Salesianos, Hermanas y algunos empleados; y están continuamente con ellos, enseñándoles con la palabra y con el ejemplo.

A los indígenas distribuidos por familia se les reparte ración diaria en crudo, para que hagan cocina ellos mismos en sus respectivas casas, como se les enseña. A la sazón eran 18 por semana los animales vacunos que desaparecían, sin contar el pan, café, arroz, fréjoles y demás artículos que hacen parte de su ración. La goleta *Maria Auxiliadora* está continuamente de viaje entre Punta Arenas y la Misión de San Rafael, cargada de provisiones. Estas ocasionan, por necesaria consecuencia, un continuo aumento en la carga de las deudas, pero el Ilmo. Fagnano no es persona que se desanime; su ilimitada confianza la pone en aquella divina Providencia por cuyo interés da él mismo su vida con sus hermanos. Ella, al mismo tiempo que inspira al misionero el sacrificio de su vida, inspirará también á otros corazones nobles el deseo eficaz de cooperar de algún modo á que sea provechosa para muchos la sangre divina de nuestro Redentor Jesús.

Al presente nuestra Misión en la isla Dawsón cuenta unas cincuenta casas de indígenas, una bella y espaciosa iglesia, un hermoso hospital y dos acabados colegios con sus clases, talleres, etc.

Por haberse instalado un taller de aserrar, están ahora tomando gran incremento los trabajos de fabricación. Bajo la dirección de nuestro arquitecto salesiano, P. Juan B. Bernabé, se ensanchan los locales existentes, se ejecutan nuevos planes, y se levantan primorosamente nuevas casas, pues llegan ahora en gran número los indios *onas*.

Las necesidades más apremiantes de la Misión de San Rafael, en cuanto á deudas y gastos cotidianos, ya las debe haber conocido V. por otro conducto, y lo bastante para recomendarlas á las predestinadas personas que toman á pechos los intereses de Jesús.

Antes de terminar mi relación quisiera enumerarle á lo menos las otras dificultades con que tropezamos en estas Misiones, dificultades que más se sienten cuanto más directamente atacan los intereses sagrados de nuestra Santa Religión. Quisiera hablarle de los atentados y proezas de la impiedad, y de las penas que ocasiona á nuestro muy amado Obispo, é invitar á tomar parte en esta nobilísima lucha contra el infierno á los ánimos generosos que ansían manifestar su amor á Jesús en arduas empresas de su gloria. Pero el sacrificio de callarlo todo y el prohibirme este desahogo del corazón, será, sin duda, más eficaz ante el Señor.

DÁVAO (Filipinas)

Intento de pasar el Agusan por el río Tagum y oposición de los moros.—Asesinatos cometidos por los ata-as.—Muerte desgraciada de Joaquín Suaro.

Desde Davao escribía el R. P. Saturnino Úrios, S. J., al reverendo P. Pablo Pastells:

Mi muy amado en Cristo reverendo Padre Superior: Ayer hemos llegado á esta Cabecera procedentes de nuestra expedición fracasada del Agusan.

Es el caso que después que salimos de la casa de Samianan, donde en extremo contentos resolvimos seguir nuestro camino, ríos Tagum y Salug arriba hasta dar con el paso del Agusan, se nos han vuelto atrás todos los que nos decían antes que sabían el camino, asegurándonos que nos llevarían al Agusan.

Sepamos ahora el por qué del cambio que nos ha causado tal serio contratiempo, el cual le tengo en mi pecho muy clavado.

Los moros, que todo lo observan y en todo ven un peligro para ellos, de que se acabe el tráfico que con el contacto con los infieles están sosteniendo, de cager cautivos, exigir tributo y comer á costa de los mandayas, á quienes embaucan con sus mil mentiras; los moros, digo, propalaron por lo bajo, que yo era el Padre del Agusan, á quien allá en el río buscaban para matarme disgustados todos de mí, por haberles bautizado. Que si aquéllos me mataban, lo habían de pagar los que allí me llevasen, sufriendo la responsabilidad que resultase de una sumaria.

Esto, pues, ha hecho que en casa del manobo Mataas, pariente de Dagojoy, donde el P. Ricart y yo dormimos una noche bajando el Salug el 82, se nos negase la gente á dar un paso adelante.

Hemos, pues, vuelto atrás, teniendo sin embargo la convicción de que no se ha perdido el tiempo; porque en la encrucijada que forma el enlace ó unión de las aguas del Salug y Libaganon, que son las que mezcladas unas con otras originan el caudaloso, ancho y hermoso Tagum, hemos también echado los fundamentos para otro pueblo mandaya.

¡Qué trastornada hemos encontrado la comarca! Lugares despoblados, gentes sobre las armas y otros mil peligros capaces de desanimar á otros que los misioneros, que llevando el ánimo muy fiado en Dios nada les arredra ni espanta, sino solamente de lo que Dios sufre al pecador que tan á ciegas se enreda entre las mallas de la páfida red que con sus pecados se fabrica.

Mire V. R., lágrimas, lamentos y sobresaltos que fueran parte para volver en sí á otro, que no fueran estos infieles connaturalizados con sus selváticas costumbres, hemos presenciado en el Salug. Poquito antes de pasar nosotros por cierta casa había sido atacada matando los enemigos á dos de ella, en la que quedó un hombre de los contrarios cuya cabeza le arrancaron del tronco, sacándole á tirones los luengos cabellos que nos han enseñado. Decíanos lanzando al viento el mechón de la cabellera, que el que en vida la peinaba, era hombre membrudo, blanco y de grandes disposiciones de cuerpo. Pagados y contentos se tenían, dueños de aquel trofeo que recordaba y contenía el largo rato de lucha

recientemente pasada. Los hemos tranquilizado, pero ellos furiosos esperan mejor revancha aún.

Pero hay más; á media jornada arriba encontramos una familia, desesperada de dolor porque les habían aquella misma noche en que nosotros les hablamos á los de los cabellos, matado la hija única que tenían y un criado, que ya al llegar nosotros los habían enterrado bajo de la casa, poniéndoles encima de la sepultura mu-

ra, complicando muy en su mal la buena causa que tiene, porque si no se deja llevar, se verá el modo de arreglarse su causa lo mejor que se pueda, si no devolviéndole viva su hija muerta, pagándoles cuatro chirimbolos en equivalencia. ¡Que tales son las leyes infieles hasta tanto Dios no disponga otra cosa!

Hemos estado todas las noches, en vista de los sobresaltos que nos están causando los ata-as, matadores,



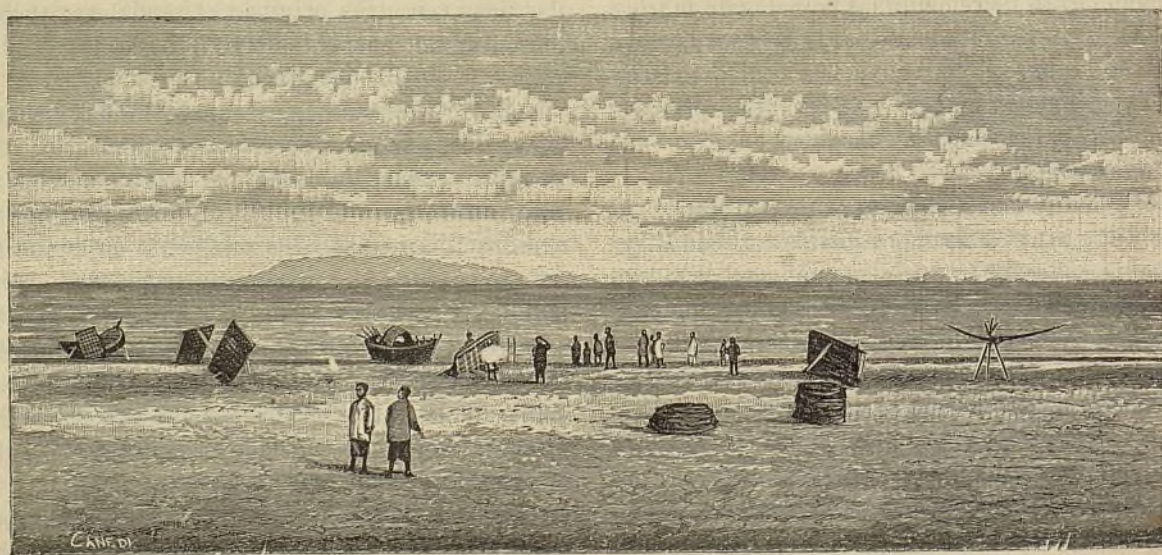
TUNKIN.—Aldea y río de Bang. (Pág. 155)

chas prendas de vestir, efectos de comer y gran cantidad de tabaco, que los muertos toman según ellos.

De tanto gritar llorando, mezclando millares de maldiciones á los matadores, los hemos encontrado nosotros roncos, trasnochados y alicaídos que nos daban lástima.

muy en vela, aunque siempre esperanzados en Dios que nos asiste y en el Angel que nos guía, que nos ha de entregarnos á estos desgraciados ignorantes.

Mata-as hará pueblo, pero antes lo ha prometido hacer Dumaloang.



TUNKIN.—Playa de Cua-Bang. (Pág. 155)

Tinoy se llamaba el padre de la muerta, que si no se vuelve loco de pesar será un gran milagro; y quiera Dios nuestro Señor, no la emprenda á lanzazos con cualquie-

A pesar de este estado de cosas, encontrando en continua pelea á los del Tagum y Salug, que tanto nos impide que fructifiquen nuestros trabajos y á pesar tam-



TUNKIN.—Río y puerto de Phat-Diem. (Pág. 155)

bién de la farisaica conducta de los moros, echándonos á rodar nuestros proyectos, todavía yo no dejo de reputar por buena esta expedición. Siempre que nos dejamos ver sacamos algo de provecho para irles trabajando y atrayendo.

Hemos estudiado el terreno formando grupos, que no harán nada, claro está; pero yo les volveré á ver cien veces hasta lograr victoria. Lo útil es la exploración

primavera, que convida á contemplarle y alabar á Dios que ha criado tanta hermosura y riqueza.

El agorero salvaje, que la habita, sólo se fija en la tortolita que tristemente lanza los gemidos de soledad á los espacios, para que sirvan de buenos y malos pronósticos al rey de la naturaleza, que no alcanzándosele nada de lo bello, se limita á saltar ó trepar ó demoler ó machucar tanta grandeza, que enmudece castigada



TUNKIN.—Las tres aldeas de Cua-Bang. (Pág. 155)

de la comarca, tal que sobre estar cuajada de habitantes, es estratégica para comunicarnos con el tercer distrito, cosa que tan apretadamente me la tiene V. R. encargada desde que me ha enviado á Dávao.

Además, la comarca forma tal perspectiva y es tan buena, que es un dolor que no esté poblada y cultivada.

¡Qué fertilidad! Árboles cuyas copas se pierden de vista, enredaderas abrazadas en unos y otros troncos y enlazadas de aquí allá formando tupidos y pintados tollos con su oloroso y abundante follaje, fuentes riéndose y ríos murmurando al compás del canto del calao, y la dulce voz de la paloma describen un verjel de eterna

por el golpe del que no sabe más, ni quiere sino vegetar y robustecerse para perseguir á su semejante.

Tesoro escondido y perdido á la vez, para el que podría servirse de él para enriquecerse. Pero Dios así lo permite, y si en razón queremos estar no hay más remedio que respetar sus altos juicios.

Allá en la vieja Europa tanta escasez de tierra, y aquí tan sobrante y sin ningún valer, más que para coger un poco de arroz, algunas raíces alimenticias y muy poca caña dulce. Ninguna plantación duradera y fuerte, ningún altar al Dios de todo lo criado; sólo el hombre en el más desdichado estado de barbarie, es lo que es-

tán dando de sí las que yo acabo de visitar solitarias riberas del Tagum, Salug y Libaganon.

De contado me volvería allá, de donde no saldría hasta ver realizadas mis esperanzas. Pero no he de tardar mucho, y ánimo llevo de probar otro derrotero así que vaya á visitar la misión de Sigaboy y Matti.

Al volver del Tagum heme enterado de la costa de moros y puntos que cultivan los de Dávao. He vuelto á ver la boca del río Tuganay, que ahora está despoblada. Antes servía para la labor evangélica del Tagum, Salug y Libaganon la poblacioncita cristiana allí establecida, que acabó hace poco por unas muertes que los mandayas perpetraron en la barra del Libaganon alanceando á un tal Joaquín Suaro, bisaya principal de Dávao, comerciante famoso y atrevido que pasó su vida recogiendo cera de los libaganos. Es fama que Joaquín quiso cobrarse una deuda que tardaba en pagarle un dato del Libaganon, quitándole á éste un hijo. Días y días pasaron estando el secuestrado niño de quince años en poder de Joaquín, que le iba preparando para bautizarle, y así sirviéndole de padrino hacerlo legítimamente suyo. Parece que se lo pidieron prometiéndole la paga; pero Joaquín desoyó las súplicas y se vengaron dándole una muerte cruel.

Estando en Tuganay Joaquín, prepararon mucha cantidad de cera, que le pusieron en el suelo y al descubierta para que todos la viesan, incluso el que ellos deseaban la codiciara, allá en la barra del Libaganon. Fueron emisarios á Joaquín, que sin reparo ni recelo subió al lugar de la cera á la que se echó él hambriento, dejando sus armas de fuego en la embarcación, que fué como entregarse á la muerte, pues le acuchillaron, no librándose los mismos inocentes grumetes que con él á sueldo estaban, y aún creo que murió también un hermano de Joaquín que para aquella triste jornada de recoger mucha cera le quiso acompañar.

Si cuento á V. R. este caso es porque los asesinos vagan aún por la selva, y como fueron perseguidos, á raíz de haber cometido tan cruel atentado, y aún les mataron los soldados algunos de la ranchería, no se han olvidado de la costumbre de matar. Si el caso está así, como le digo, bien se ve que para nuestra seguridad no está arreglado ni tenemos garantía alguna. Pero Dios nuestro Señor lo remediará todo, y nosotros sin retroceder iremos trabajando no sin esperanzas de que todo se arregle.

El día 4 del mes de Noviembre escribí á V. R. olvidándome decirle lo que nos ha sucedido al salir del Tagum y saltar á la bahía del mismo. El mar estaba alborotado de tal suerte que sus furiosas olas nos entraban por doquier: el viento fresco y de lado nos estorbaba hasta el punto de no aprovecharles, teniendo dobladas, las velas de nuestra pequeña embarcación, que á sólo remo condujimos á Tagunay.

Desembarcados, pues, en dicho lugar, nos encontramos con unas cuantas casitas de sámales, que fueron mi consuelo y alegría. Todos se echaron encima, que era un gusto, al P. Vallés y á mí que con ellos hablamos. Ellos nos hicieron un altar para celebrar la santa Misa.

También me pasó cosa buena la noche que llegamos al Tuganay. Arregláronme sobre el duro suelo los sá-

males por cama un cañizo, levantándole un poco con dos travesaños, pero pusieronle en un lugar que fué una risa lo que sucedió.

Estando yo ya durmiendo se armó un fuerte chubasco, que yo fui sufriendo porque no me mojaba, toda vez que estaba bajo techado de paja; pero al encharcarse el agua y resbalar por el declive que yo ocupaba se me llenó la choza de agua, pareciéndome á mí que el río Tagunay se había desbordado ó alguna laguna de lo alto se desaguaba hasta arrastrarme la corriente. No por pienso era tal cosa ó mejor tan grande, pero yo eché á correr poniéndome como una sopa, y mojándose toda la ropa cama y avío que no fué poco lo que tuve que sufrir hasta el día siguiente.

El P. Vallés se fué á la embarcación, y salió más bien librado. ¿Ve V. R. qué cositas nos pasan, que si no son dignas de contar por ser insignificantes, todavía gusto yo que V. R. las sepa y vea las escenas que le pasan por estos vericuetos al misionero que ya por mar ó por tierra, ya por ríos ó por selvas va en busca de las almas?

Y vengamos á lo que motivó esta carta, que va á ser un muy variado argumento que yo iré desenvolviendo como el cielo me dé á entender, si mi pluma no se embota, que así puede suceder, atendiendo á lo poco que uno está acostumbrado á discurrir aquí en esta tierra metido, donde tan pequeño es el horizonte de cosas que se han de tratar con estas pobrecitas gentes, fuera de las ordinarias y del uso de la vida.

Llegado á Dávao, pensé que el P. Llopart estaría esperando al P. Rosselló, que se le tenía ofrecido desde que venimos á esta Misión. Así que á las tres del día 26 de Noviembre por la tarde, acompañándole yo, salió la vinta con proa á Samal que yo deseaba, siquiera fuese de camino y á la ligera, visitar. Era sábado y parecía en verdad tal día hermoso, por el aspecto bonancible del mar; el viento soplaba suave, como una pequeña embarcación lo puede aprovechar, y á dicha nos iba viniendo de popa empujando la navecilla con tal velocidad que á la hora y media de navegación habíamos ya hecho la travesía. La Virgen nuestra Capitana, que en día de sábado, que es su propio día, nos condujo como en sus brazos hasta entregarnos en otros que nos han servido y obsequiado á maravilla, tratándonos á cuerpo de rey como suele decirse.

Estaba el cañonero *Arayat*, que manda el teniente de navío D. Ramón Cano, estacionado en Malipanon, que es una isla que forma como dos puertas de entrada al canal de Taguid, como venimos de lo ancho del seno de la parte Norte.

El señor comandante, con galantería y caridad nos salió á recibir, llevándonos luego á su barco, que nos enseñó después, explicándonos lo que á mano se ofrecía. Cenamos con él, y á porfía se nos conocía á los tres la convicción de creernos muy honrados, los obsequiados de serlo tan delicadamente, y el que obsequiaba por tener quien le recibiera con agradecimiento sus caridades y finezas. Al día siguiente siendo domingo hubo mi Misa en particular, y la pública ú oficial que celebró el Padre Rosselló para toda la dotación del aseado cañonero *Arayat*.

La vista de una dotación hermosamente vestida y

perfectamente colocada, que rodeando el altar asiste con el respeto y devoción conveniente al acto más solemne de nuestra augusta Religión divina; la elevación de la Hostia; el toque de las cornetas; el sonido de la campanilla al *Sanctus* y al alzar; la adoración de los tripulantes con su comandante á la cabeza, forman un cuadro sublime que no acierto á describir.

El señor comandante del *Arayat* nos ha llevado á San José, que es un pequeñito pueblo de sámales cristianos, consiguiendo yo mi deseo de conocer á estos insulanos.

Desde San José fuimos á Sigaboy.

No hay que decir nada del recibimiento y alegría de los nuestros, porque es cosa que se sobrentiende y supone. Sobre Sigaboy, su iglesia y su fertilísima Misión ya puedo hablarle á V. R., porque á la fecha en que esto escribo, lo he visto todo, viajando en todas las formas posibles, por tierra, á pie, á caballo, por mar y río, por altos y bajos, por selvas, montes y collados sin haber rincón de estas tierras del cargo del P. Llopart que no hayamos visitado.

Llegando el día 28 de Noviembre, claro está que tuvimos que esperar antes la celebración de la fiesta patronal que se tiene el día de San Javier, cuya imagen se destaca en el altar mayor de la iglesia de Sigaboy. Dicha iglesia está ahora en obra, y de esperar es que mejore de forma.

El convento también están ahora haciéndolo, y veremos lo que saldrá, porque con un buen plano que se sigue, da á temer la poca traza de los ejecutores que salga alguna cosa como las pinturas de aquel Urbaneta, que después de pintar un gallo, tenía que rotular la pintura diciendo: Esto es gallo.

Y hablo así, tan al descubierto, porque el tal estado de cosas es por ahora irremediable, estando sin carpinteros ni albañiles de oficio, haciendo las cosas hombres que son aprendices de todo y maestros de nada; en lo cual se ha de ver otra fuente de sacrificio para el misionero, que sólo en Dios ha de esperar, á El solo amar y en El solo creer; porque pobre del que se vaya á otras cosas. en resolución, se celebró la fiesta no el día 3 de Diciembre, que es el propio del Santo, sino el 5, porque desde el último de Noviembre sobrevino tal temporal de lluvias en el seno y en el Pacífico, que las inundaciones han causado grandes pérdidas á los campos sembrados y al caserío, contándose también pérdidas personales. Con tres Padres y un hombre hubo un servicio de altar, como si se celebrase de pontifical. El sermón estuvo á mi cargo, y dije mil piropos á San Javier. No fué menos solemne la celebración del día de la Purísima, puesto caso que fué como el final de fiesta mayor.

Después de esto salimos el P. Llopart y yo tomando el derrotero de punta de San Agustín, en cuyas playas tiene el Padre varias fundaciones de manobos. Al dedillo las tengo yo ahora estas cristiandades, en las que he ayudado á hacer algo en los ministerios al Padre, viéndole á él y aprendiendo, á la vez que me iba enterando de todo.

La ocupación de los habitantes de esta comarca es la siguiente: el infiel sacando del bosque la almáciga para entregarle al nuevo reducido, que la entrega á personerillos de los de Sigaboy, que á su vez lo dan al

chino ó al español ó al mestizo, para transportarla al extranjero. Nadie siembra lo suficiente para la vida; todo se espera de un comercio mezquino, cambiando por palay, puesto á las nubes, la almáciga que muy escogida y todo no vale nada. Esta irregularidad de cosas, pasando por manos de tantos cosas de poco valor, no dando para la vida á los que en la compra de la almáciga se emplean y no beneficiándole más que el infeliz infiel, engendra tanta deuda, que Dios nos asista lo que atrasa y perturba aquellas costas.

Y no crea que á la parte Norte vea más riqueza ni aún aquí en Matti, sino que todo va igual.

Volvimos de la punta cerca de Navidad, y yo sin olvidar mi Salug; mandé á pedir un práctico á Dávao para ir al Agusan por el Hijo, ya que por el otro salí chasqueado. V. R. ha de recordar la alarmante noticia esparcida por los moros, que yo considero como un desprestigio de la autoridad y confianza que han de tener de los misioneros estas míseras gentes, y así creo de mucha necesidad ir al Agusan, aunque fuese volando ó arrastrado por el suelo como una lagartija. El caso es ir al Agusan, desmentir lo dicho por los moros de que quieren matarme los agusanos.

La expedición la haremos el P. Llopart y yo con el alférez que ha venido á esta; fué llamado por este señor comandante, que nos quiere bien y ayuda cuanto puede en la Misión.

Hemos visitado en el seno de Mayo á los moros que en él hay formando dos rancherías; V. R. me dijo una vez, que eran dichos moros tan bonachones y que estaban tan dispuestos para recibir el santo bautismo, que nada le costaría al misionero meterles en razón, tomándose con ellos con celo, caridad y decisión. Así se lo he dicho al P. Llopart, que es hombre de bríos espirituales.

UNA PASTORAL VISITA AL TUNKIN

POR EL R. P. ROBERT, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

I

Thanh-Hoa.—Su importancia.—La isla Bien-son

Mi Obispo acaba de encargarme la dirección espiritual de las seis parroquias de la provincia de Thanh-Hoa. Para mí es un campo de excursión de poco menos de cien kilómetros de Norte á Sur, en una anchura incalculable, pues al Oeste la provincia comienza en Mekong y al Oeste se prolonga hasta el mar.

El Ilmo. Gendreau va á visitar las seis parroquias, y me propongo narraros cuanto ocurra en esa excursión.

Thanh-Hoa, cuna de la familia real, ha visto en el curso de las edades otras dinastías salidas de su seno para ocupar el trono de Anam. En todos tiempos, sin contar los mandarines de sangre real (ton-that), la provincia ha suministrado gran número de mandarines y mandarinillos de todos grados. Su situación, su aspecto, sus ríos que entran hasta en el Laos, sus ricas llanuras, sus montañas que ocultan tesoros desconocidos; su población compuesta de tipos tan diversos, desde el alto y orgulloso mandarín que se envanece de



TUNKIN.—Uno de los notables de la cristiandad de Cua-Bang con sus nietos

que en su sangre circulan algunas gotas de sangre real, hasta las tribus de Chan y Laos, demuestran el interés que ofrece una excursión por esta provincia.

Habiendo partido de Hanoi el 30 de Julio, llegué á nuestra Comunidad de Ke-So para recibir instrucciones de S. I.

Decidióse que yo partiría ocho días antes que el señor Obispo, y que se comenzaría la visita por la parroquia más distante al Sur, la de Cua-Bang.

Había de tener por compañero de viaje al R. P. Mechet, quien quebrantado por largo tiempo de tareas apostólicas, debía ir á Cua-Bang para atender al restablecimiento de su salud.

El 4 de Agosto por la tarde nos instalamos en una mala barca que debía conducirnos hasta el Seminario de Phuc-Nhac, donde fuimos cordialmente acogidos.

A los pocos días continuamos el viaje, y pernoctamos en casa del P. Six, párroco de Phat-Diem, uno de los anamitas mejor dotados que se haya visto nunca. Este Padre goza de influencia extraordinaria, tanto entre los campesinos como en la corte, y el Gobierno francés ha recompensado sus servicios á las tropas de ocupación, nombrándole caballero de la Legión de Honor. Confesor de la fe en la época de la gran persecución de 1858 á 1862, fué desterrado á Cua-Bang, en la frontera de China.

Entonces era ya un hombre notable, y simple diácono, prodigaba consuelos á los otros fieles desterrados como él.

Cierto día fué ocultamente á ver al Ilmo. Jeantet, quien le ordenó sacerdote, y volvió otra vez al destierro. El bien que hizo en aquella ocasión fué inmenso. El P. Six cuenta hoy sesenta y cinco años, y es párroco de la feligresía más numerosa de la Misión.

El 11 nos dirigimos hacia el puerto de aduana de Tri-Chinh, en la embocadura del Dai. Allí habíamos de tomar pasaje á bordo de la *Gazelle*, lindo vapor de la Compañía de Mensajerías Fluviales.

Mas la *Gazelle* cala dos metros cincuenta centímetros, y el paso es difícil. El aluvión depositado cada año por el río, adelanta de día en día, y los terrenos cultivables ganados al mar de solos cincuenta años acá, ascienden á centenares de kilómetros cuadrados.

Así la lucha entre las aguas del río y las del mar, ha dado origen en este sitio á un banco de arena que cierra absolutamente el paso en la baja marea.

Sólo hasta las cinco de la tarde del 12 de Agosto, después de bregar todo el día, logramos franquear el paso. Equipaje y pasajeros todos se reunían á proa para aligerar el centro del buque: los chinos de á bordo, desde el patrón hasta el último marinero, hicieron sacrificios á los genios del mar para obtener buen éxito, y yo en mi rincón rezaba el Rosario, poniendo nuestro viaje bajo la protección de la Reina de los mares.

Tras muchos ensayos infructuosos logramos, por fin, hallar suficiente fondo, y nuestro buque marchó á todo vapor.

A las diez vimos á lo lejos las antorchas de las barcas pescadoras: parecían una larga fila de mecheros de gas alineados en el muelle de un espacioso puerto de mar. Era la población de la isla Bien-son ocupada en la pesca.

El golpe de vista era fantástico: lucía la luna su plateado disco en el Oeste; las montañas de Thanh-Hoa bañaban su contrafuerte en el mar, y en frente una masa negra é indecisa, la isla de Bien-Son, parecía rodeada de innumerables luces que se reflejaban en las movibles aguas.

A las once echamos el áncora en la rada de Bien-Son. Esta isla, separada del continente por un brazo de mar de tres kilómetros todo lo más, tiene una población de cuatrocientas almas, entre las cuales hay siete ú ocho familias cristianas.

En otro tiempo la cristiandad de la isla era muy nu-

merosa, pero paulatinamente se ha ido estableciendo en tierra firme. Las familias que quedan son muy pobres. A los pocos momentos de habernos alojado, todos los cristianos se sentaron á nuestro alrededor, dispuestos á entablar conversación.

Esta recayó sobre la gran persecución, y me refirieron, que los cristianos de la isla fueron los únicos en todo el reino que pudieron librarse de la persecución y del destierro.

A la una de la madrugada recomendé á todos el silencio, y traté de conciliar el sueño echado en un tejido de bambúes; pero trabajo inútil, los mosquitos me despertaban á cada paso.

A la mañana muy temprano nos embarcamos para franquear los nueve ó diez kilómetros que nos separaban todavía de la parroquia de Cua-Bang.

El párroco y su vicario, los catequistas, la población de las tres aldeas de Cua-Bang, todo el mundo nos aguardaba en la playa. Al poner pie á tierra nos dirigimos á la iglesia. Toda la aldea se reunió en la casa de misionero para saludarnos.

*Cua-Bang.—Grandes recuerdos.—
Pobreza*

Cua significa puerto, ó más bien embocadura de un río; *Bang* es el nombre de una aldea, en parte cristiana, situada á ambas orillas de un río.

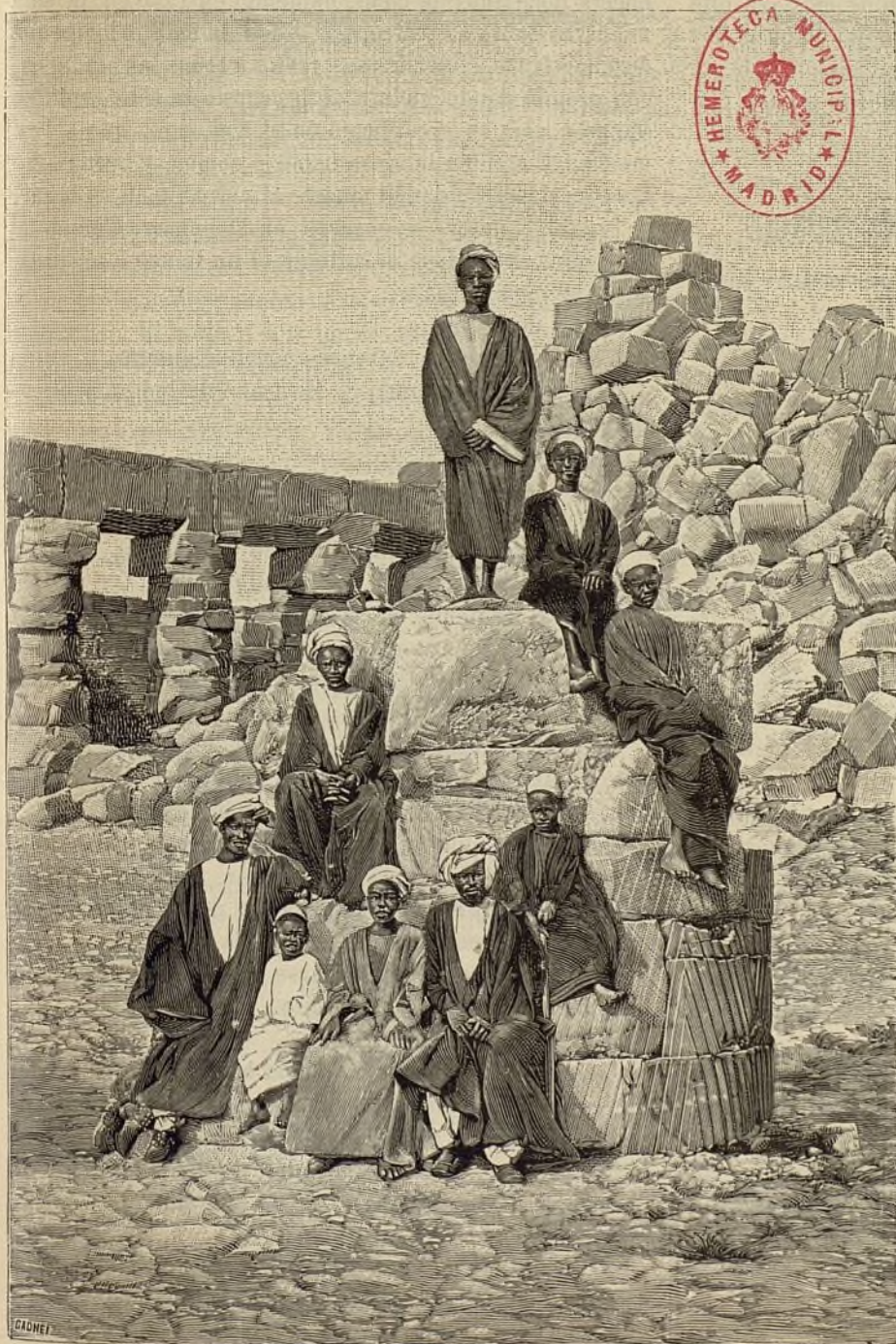
Muy cerca hay tres pueblos que parecen formar uno solo, Sung-Boanh, Ngoai-Hai y Nhu'-A'ng, con una población católica de dos mil quinientas almas.

Estos tres pueblos, más conocidos con la denominación de Ba-Sang (los tres pueblos), están situados en el fondo de una magnífica bahía. Una playa soberbia en forma de herradura, se extiende en una longitud de tres á cuatro kilómetros. Es la más bella que conozco.

Esta es una tierra privilegiada: es la cuna del Cristianismo en Tunkin. Aquí el P. Alejandro de Rhodes empezó la evangelización, y administró el primer bautismo el día de la fiesta de San José.

También el suelo de Cua-Bang, según se dice, fué pisado por el grande Apóstol de las Indias.

En su Historia de San Francisco Javier, el P. Bouhours refiere que el Santo yendo desde Malaca al Japón en 1549, fué arrojado por los vientos á las costas del reino de Cochinchina,



ALTO EGIPTO.—Karnak: Grupo de indígenas. (Pág. 166)

y una tradición, que se conserva todavía en el país, cuenta que abordó en Cua-Bang.

Esta cristiandad es la más antigua del Tunkin, y desde ella se propagó la buena nueva por el país. San Francisco Javier bendijo esta población, y la bendición de un santo de la talla de este grande Apóstol produce opimos frutos.

Aquí, pues, toda la población es cristiana.

Por desdicha Cua-Bang, á pesar de la nobleza de su origen cristiano y de su numerosa población católica, no tiene todavía iglesia, pues no puede darse este nombre á la miserable choza con cubierta de paja en donde se celebra la Misa y se administran los Sacramentos.

Mi predecesor en el distrito de Thanh-Hoa, el R. Padre Idiart, varón de fe y celo por la gloria de Dios, concibió el proyecto de construir en Cua-Bang una iglesia digna de este nombre, cerca del mar, que indicase á los navegantes de los siglos futuros el punto preciso donde fué sembrado el grano de mostaza que debía formar el grande árbol católico del Tunkin. No pudo llevar su proyecto á completa realización, y heme á mí heredero de su obra, que confío llevar á cabo con el auxilio de las almas generosas.

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Segunda parte

III.—ORGANIZACIÓN JUDICIAL

Tribunales domésticos y tribunales públicos

DESDE la época primitiva, dice Spencer, en la que cada cual se venga por la fuerza de un vecino culpable, como cada sociedad se venga de otra sociedad que la ofende, se pasa á la época en que cada uno tiene el derecho de pedir justicia al jefe de la sociedad.

A este segundo período de transformación social habían llegado los pueblos del Congo antes de la dominación europea. Retrocedamos á aquella época para dar una ojeada á la organización judicial.

En este país el jefe de la familia es su primer juez. Cuando se suscita alguna contienda, manda comparecer á las partes. Cada uno defiende de rodillas su causa, mientras que él permanece sentado en el suelo. Después de oír las razones de una y otra parte, pronuncia una especie de sentencia en forma jurídica. Este tribunal doméstico es el modelo de los otros superiores.

Las leyes no permiten á la mujer apelar de la sentencia de su marido, ni á un hijo del juicio de su padre.

Los ancianos deciden las causas que se les someten.

Los jueces propiamente dichos lo son los jefes de pueblos, asistidos por los gangas y los ancianos. Son competentes en materia civil y criminal á la vez, y tienen derecho á condenar á la esclavitud y aún á la muerte.

Cada cual, empero, es libre de apelar de su sentencia al tribunal del jefe de distrito, y en último extremo al mismo rey.

El rey de Kakongo da audiencia todas las mañanas, sentado en una alfombra y rodeado de varios asesores, á quienes consulta en los casos difíciles.

Por una costumbre singular el rey del Kakongo tiene obligación de beber á cada causa que juzga: la omisión de esta formalidad haría el juicio ilegal.

En el momento en que le presentan la copa, un ganga toca una campanilla y grita con todas sus fuerzas:

—¡*Tina fua, tina fua!* (¡Prosternaos ó huid!)

Entonces todos los asistentes, excepto el ganga, se echan de bruces al suelo: creen que el rey moriría si alguno de sus súbditos le viese beber. Cuando ha bebido, el ganga cesa de tañer y de gritar, todos se levantan palmoreando, y el rey continúa la audiencia.

En Loango una ley ya antigua prohíbe, so pena de muerte, mirar como el rey bebe ó come. El inglés Battel, que se hallaba en esta ciudad á principios del siglo XVII, refiere que un hijo del rey de Loango, de once á doce años de edad, habiendo entrado en la sala mientras bebía su padre, por orden de este príncipe fué descuartizado y llevados sus restos á todas las ciudades, con pregón dando cuenta de la causa de este suplicio. En este país se cree, como en el Kakongo, que el rey moriría si alguien le viese beber ó comer, y creen evitar esta desdicha dando muerte al culpable en su lugar.

Igual costumbre se observa en Dahomey. Cuando el rey bebe, extiéndese delante de él un lienzo ó un parasol, y el copero grita:

—¡Es de noche!

Todos se inclinan entonces profundamente, y vuelven á levantarse cuando S. M. acaba de beber, y el copero grita:

—¡Es de día!

Procedimiento

Los procesos se llaman *nkanu* ó *palabre*, esto es, pequeño parlamento, de la voz palabra.

El juez, teniendo en la mano una varita, que es el distintivo de su autoridad, está sentado en un terreno con valla, bajo un techo groseramente fabricado, especie de cobertizo destinado á servirle de tribunal.

Las audiencias son públicas, y á ellas asisten muchos negros, atraídos por sus propios asuntos ó por curiosidad. Está prohibido presentarse en ellas con armas.

Cuando uno quiere entablar un proceso, avisa á su adversario, y si rehusa comparecer, retiéñense como rehenes á los principales habitantes de su pueblo hasta que haya sido entregado á la justicia.

Los litigantes, al presentarse á los jueces, empiezan siempre por hacerle un regalito.

Siéntanse en esteras.

La parte que se cree lesionada habla primero y todo el tiempo que le place. Las mujeres defienden personalmente sus causas como los hombres.

El acusador, lanzando miradas terribles, é irguiéndose cerca de su adversario como un gallo que bate las alas, le dice:

—Mírame bien, si te atreves, y abre tus oídos para escuchar estas palabras que van á confundirte.

Luego empieza su arenga en un tono vehemente, se pasea gesticulando como un abogado, y concluye prácticamente reclamando por daños y perjuicios tantos ga-

lones de tafia, tantas piezas de algodón, y además que se aplique la pena del tali6n si ha lugar.

El acusado repite con calma la acusaci6n, y empieza en seguida su defensa; invoca los proverbios, las costumbres, las decisiones anteriores y la opini6n de los que ya no existen. Cuando se trata de citar las palabras de un difunto, lo hace en voz baja, y los asistentes le acompa~an en el mismo tono. Luego hace la glosa, m6s si cae en un renuncio, el p6blico maligno le abruma de dicerios.

En ciertas comarcas las partes recorren 6 abogados para defender su causa.

Los abogados africanos no son menos prolijos en sus discursos que sus cong6neres de Europa. Los Dem6sthenes congolese son generalmente muy queridos y respetados; su solo t6tulo ya expresa la consideraci6n en que se les tiene: ll6manles *munu-mfunu*, lo que significa boca del rey.

Si los hechos son contestados, y hay testigos, el juez les ordena declarar lo que saben.

Si no hay testigos y el asunto es de alguna importancia, se remite la soluci6n hasta m6s amplio informe, y se encarga 6 ciertos negros inteligentes, especie de esp6s polic6acos, el descubrir la verdad.

Cuando se trata del crimen de adulterio el juez no exige, para establecer la culpabilidad del seductor, m6s que la denuncia del marido confirmada por la declaraci6n de la mujer: sup6nese que esta declaraci6n, que condena 6 la infamia 6 la mujer ad6ltera, no puede ser sino el grito de su conciencia.

Trat6ndose del robo, si faltan las pruebas directas rec6rrese 6 la prueba del fuego: el ganga coloca en la mano del acusado un carb6n ardiente 6 le presenta una hoja de sable calentada al blanco, en la que debe tener uno 6 dos minutos la mano 6 el pie. Si el carb6n 6 el sable m6gico no deja en su cuerpo ninguna huella de quemadura, el acusado es declarado inocente; en caso contrario se le reputa culpable, y tiene que resignarse 6 aceptar la pena que se le imponga.

Cualquiera que sea el medio empleado por los gangas, lo cierto es que saben hacer la piel insensible 6 la acci6n del fuego. Probablemente no tienen otro secreto que el que se ve practicar 6 nuestros charlatanes de Europa, cuando toman barras de hierro enrojecidas y las pasan por sus miembros desnudos, sin que les da~e gracias 6 la precauci6n que han tenido de frotar su cuerpo con ciertos untos destinados 6 impedir la actividad del fuego.

Cuando, 6 fuerza de presentes, el inculpaado logra ablandar al ganga, 6ste le proporciona el preservativo que debe demostrar su inocencia en el robo de que se le acusa.

Finalmente, al individuo acusado de cualquier otro crimen de que no puede convenc6rsele, se le permite disculparse bebiendo la kassa.

Si vomita este veneno, es declarado inocente, y se condena como calumniador 6 quien le hab6a acusado.

Mas si lo retiene, se le considera culpable. En tal caso se le deja expirar si el crimen de que se trata merece la muerte; si, por el contrario, la falta que se le reprocha no merece la pena capital, as6 que le ven en

peligro de muerte le hacen tomar un contraveneno que le excita al v6mito y le salva la vida.

Una vez patente la culpabilidad del acusado por pruebas directas 6 por el resultado de las pruebas judiciales, el tribunal condena al culpable al pago de los gastos y 6 la pena impuesta por la ley.

Pronunciada la sentencia, las partes se retiran, atestiguando por se~ales exteriores de respeto, que se adhieren 6 su ju6cio.

Aquel que ha ganado la causa celebra su victoria con festines y libaciones, pues se deshonrar6a si no atestiguase el gozo que le causa el triunfo obsequiando espl6ndidamente 6 sus amigos y vecinos, y sobre todo 6 su juez.

Penalidades

Qui6n di6 golpes es condenado 6 pagar dos 6 tres galones de tafia 6 aquel que los recib6.

Si el deudor no puede satisfacer su deuda, el acreedor le retiene como esclavo.

No se castiga de muerte el robo; pero al que es sorprendido infraganti, aun trat6ndose de objetos de poca importancia, se le condena 6 ser esclavo de la persona robada, 6 menos que se acomode con ella, suministr6ndole un esclavo 6 su valor equivalente.

En la misma pena incurre el que insulta 6 un pr6ncipe 6 ministro.

El adulterio se castiga en un ju6cio especial llamado *cabale*. La mujer ad6ltera que confiesa su crimen, queda libre ante el tribunal y ante su marido, con el arrepentimiento y la verg6enza; mas no sucede as6 con su c6mplice: la ley ordena que sea entregado como esclavo 6 aquel 6 qui6n ultraj6.

Unicamente las princesas tienen el derecho de hacer castigar con la muerte la infidelidad de su marido.

El asesinato y el envenenamiento se castigan con la muerte y la confiscaci6n de una parte de los bienes del culpable, en beneficio de los herederos de la v6ctima.

A veces al condenado 6 muerte se le quema vivo y aun se le crucifica. Hace pocos a~os en Cabinda, 6 un infeliz que mat6 6 un ganga que hab6a dado la kassa 6 su madre, le clavaron vivo 6 un baobab.

De los presos

No existen c6rceles p6blicas en este pa6s. Cuando un jefe juzga 6 prop6sito dilatar la ejecuci6n de algunos criminales, los sujetan 6 los 6rboles 6 bien les atan al cuello una especie de canga 6 pieza de madera ahorquillada, de unos tres metros de largo, y harto pesada para que puedan sostenerla con las manos, de suerte que se hallan cautivos en pleno campo. A veces algunos, no pudiendo caminar adelante porque la pieza de madera les cortar6a la respiraci6n, se esfuerzan por arrastrarse hacia atr6s; pero se les deja porque no pueden ir lejos.

Estos presos no tienen otro alimento que el que les dan por compasi6n.

Nadie trata de libertarlos, pues el que lo hiciera ser6a puesto en su lugar al ser descubierto.

Hoy en la costa y en la regi6n sometida 6 la influencia europea, estas costumbres tienden 6 desaparecer. A la organizaci6n judicial ind6gena se substituye paulatinamente una organizaci6n nueva establecida por los Gobiernos europeos.

MANDCHURIA Y SIBERIA ORIENTAL

POR EL R. P. ADRIANO LAUNAY, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS

VI

Viajes y apostolado del R. de la Bruniere

EL 13 de Julio de 1845 el R. de la Brunière tomó la dirección del Nordeste, y al cabo de siete días llegó á Acheheu, ciudad nueva, fundada por las emigraciones incesantes de los chinos á Mandchuria y Mongolia.

Recibió hospitalidad en casa de un rico pagano amigo de los católicos, que procuró, aunque inútilmente, disuadirle de su empresa, representándole las bandadas de tigres y osos que infestaban aquellas comarcas.

A ocho leguas de Acheheu el país, hasta allí muy poblado, se trueca de pronto en un imenso desierto que no termina hasta el mar oriental. Lo atraviesa un solo camino que conduce á San-Sing, población á la derecha del Sungari.

Los bosques de encinas, olmos y abetos que limitan por todas partes el horizonte, y la espesa hierba á ve-

dad de cinco á seis mil habitantes, que sólo ofrece de notable una gran calle pavimentada con anchas piezas de madera, de seis pulgadas de espesor, y ensambladas con bastante precisión.

Aquel era el límite que ningún chino ó mandchú puede traspasar so pena de castigo grave por infracción á las leyes del Estado.

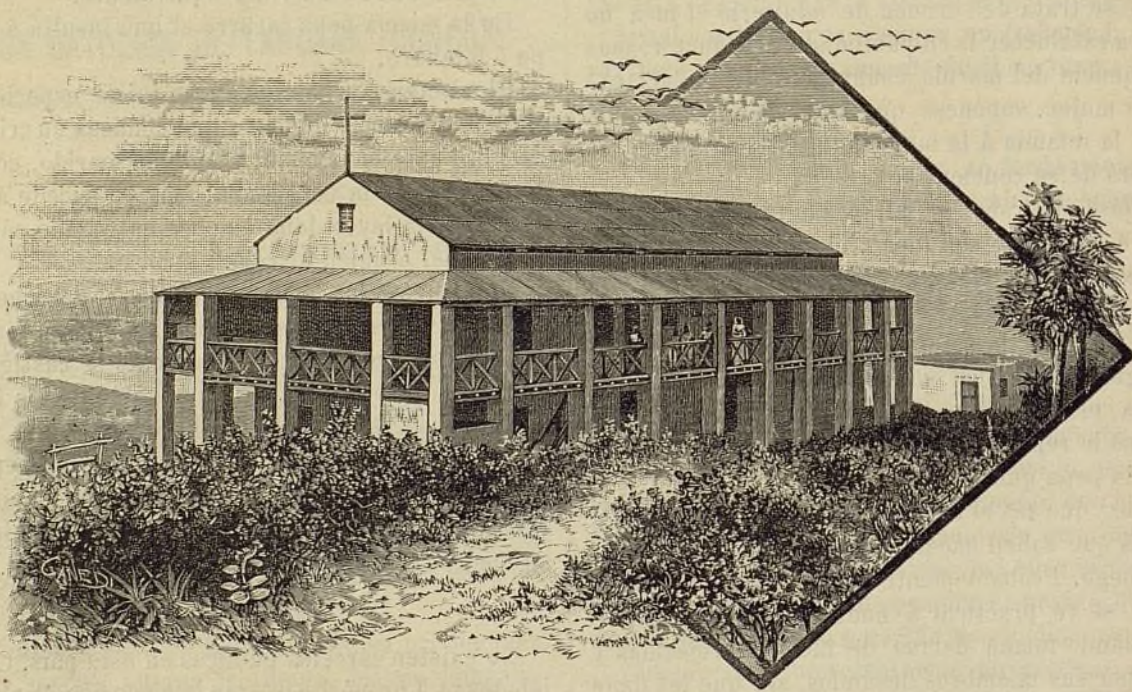
Cada año las tribus de Pelos largos y de Piel de pescado acuden á ofrecer al mandarín de San-sing pieles de martas cibelinas, tigres, osos, etc., en cambio de piezas de tela.

La llegada del R. de la Brunière coincidió con la de dichas tribus, y así el misionero pudo obtener noticias de los puntos que se proponía recorrer.

Después de comprar las provisiones necesarias partió para Su-su, uno de los pueblos salvajes más importantes.

El día siguiente, muy temprano, el misionero descansaba en la choza de un yu-pi-ta-tse.

Su llegada causó alguna emoción entre los tártaros: su rostro, que les parecía extraño; sus vestidos, que revelaban un personaje; su Breviario, su crucifijo, inspiraron las más fantásticas conjeturas.



COSTA DE ORO.—Casa de las Religiosas de Elmina. (Pág. 163)

ces de dos metros de altura, anuncian la fertilidad de una tierra nueva á la que no ha tocado aún la mano del hombre. Cada diez leguas se encuentran una ó dos cabañas, especie de albergues instalados por los mandarines para los correos del Gobierno, y en donde se alojan asimismo los viajeros. La ruta era penosa: los mosquitos, las avispas y los tábanos se encarnizaban en los expedicionarios, que tuvieron que andar de noche, y cubrirse cabeza y cuello con una máscara de tela fuerte con dos agujeros á la altura de los ojos.

El día 4 de Agosto, después de diecinueve de camino, vieron los muros y casas de abeto de San-sing, ciu-

Algunos regalitos ofrecidos á los notables de la población facilitaron luego las relaciones: en todo país, los dones hacen nacer la amistad ó la conservan; allí permitieron al misionero hablar del Evangelio.

Los oyentes encontraron la Religión muy bella, pero su novedad les asustó.

Como advirtiese que su presencia comenzaba á inspirar inquietudes, informöse del camino que segían los mercaderes de *jen-sen* desde San-sing al Ussuri, hizo sus preparativos, y emprendió el camino el 1.º de Septiembre de 1845.

Había comprado una mula, una marmita de hierro, una hacha, dos escudillas, una provisión de mijo y dos galletas.

Empleó quince días en recorrer la distancia de ciento veinte leguas que le separaba del río, sin tener en todo este tiempo otra cama que el duro suelo, ni otro abrigo que la bóveda celeste; cortando árboles para encender el fuego que había de defenderle contra el frío y los tigres, guisando al aire libre cuando podía, pues á treinta leguas del Ussuri el agua era tan rara que se vió obligado, como los pájaros, á comer el mijo crudo.

Por fin al anoecer del 14 de Septiembre llegó á orillas del río, á cuarenta leguas al Norte del lago Hinka (Tahu). Recibió la hospitalidad de los chinos, y con uno de ellos bajó el Ussuri unas ochenta leguas, hasta una miserable cabaña, especie de venta frecuentada por todos los viajeros y situada á diez leguas de la confluencia del Ussuri con el Sogaliano. El paisaje de los bosques y de las altas hierbas era imponente, y afectado por la soledad que le rodeaba, el apóstol dejó escapar este grito de angustia en una carta á los Directores del Seminario de las Misiones Extranjeras:

«¿Cómo expresaros mi asombro y tristeza á la vista de aquel país donde mis ojos inquietos, buscando hombres, no encontraban en todas partes sino lúgubre soledad y silencio de muerte? Y aun en algunos individuos que pude ver allí puedo decir que apenas encontré hombres.»

La casa donde se detuvo pertenecía á un chino originario de Chan-tong, jefe de una decena de hombres que, durante seis meses del año, empleaba para buscar el *jen-sen* en las montañas y á través de los bosques.

El huésped recibió al extranjero según todas las fórmulas complicadas de la cortesía usada en el Celeste Imperio; mas cuando supo su cualidad de sacerdote católico se cumplieron las palabras del Divino Maestro: «Seréis insultados por causa mía;» pues le injurió, le maldijo y le amenazó, imitándole sus compañeros y domésticos.

Sólo una enseñanza del misionero tenía momentáneamente el poder de contener las injurias y calmar la cólera: el infierno, los tormentos eternos. Ante este más allá terrible que evocaba el apóstol, los paganos enmudecían, curiosos y alarmados.

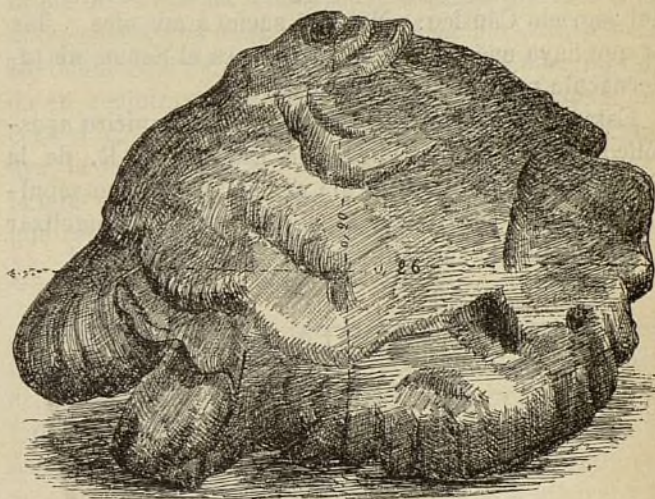
—Estos discursos, decían en voz baja, turban y entristecen el corazón. Hablemos de cosas que están á la vista. ¿Quién sabe lo que hay en ese porvenir? no queramos penetrar este misterio.

«Hacia dos semanas que permanecía entre aquellos hombres, continúa el misionero, cuando un extraño accidente vino á interrumpir nuestras conferencias. Era á mediados de Octubre. Los árboles ya desnudos y las altas hierbas secas, anunciaban la proximidad de los grandes fríos. A medio día se vió en el horizonte, sobre los bosques, una nube inmensa que pronto interceptó la luz del sol. Al momento todos se precipitaron fuera de la casa gritando: «¡Fuego! ¡fuego!» y con hachas destruyeron rápidamente toda la vegetación inmediata á la vivienda, quemaron las hierbas y arrastraron los maderos al río. Esta precaución nos salvó, pronto se acercó la nube, y abriéndose, nos dejó ver el foco de un furioso incendio, tan rápido en su carrera como un caballo lanzado al galope. En la atmósfera se experimentaban sacudidas cuya violencia me parecen comparables á una deshecha tempestad. Las llamas, que lle-

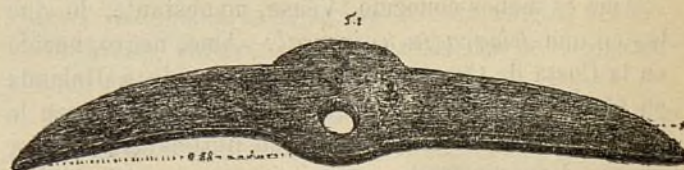
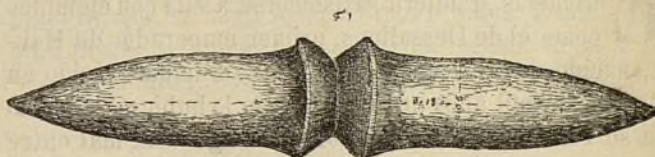
gaban casi tan pronto como eran vistas, pasaron á algunos pasos de nosotros y se hundieron como un rayo en los bosques del Norte, dejándonos en profunda consternación, á pesar de no haber experimentado ninguna pérdida. Estos incendios, harto frecuentes en el país, son debidos á cazadores que acuden de las orillas del Amur, y que no encuentran medio más cómodo para obligar á la caza á abandonar su retiro.»

Pronto quedó olvidado el incidente, y continuaron las conferencias sobre la Religión, hasta que los chinos, no gustando de la predicación del sacerdote, le intimaron que abandonase la casa.

El apóstol pidió entonces asilo á los *yu-pi-ta-tzes*, que en número de quinientos habitaban aquellos parajes, ora solitarios en cabañas dispersas, ora agrupados en lugarejos.



Piedra que usan los evocadores para que haya hambre en el país



Piedras para causar la muerte á los enemigos
ISLA DE LOS PINOS. (Pág. 164)

Los tártaros rehusaron, y el misionero se vió reducido á permanecer durante cuatro meses en una cabaña abandona, «donde, escribía, gusto por la primera vez de mi vida la dicha de la soledad. Allí celebré el santo Sacrificio, para que la sagrada presencia de Jesucristo santificase aquellos lugares enteramente profanados.»

Así fué como pasó el invierno de 1846, aguardando el deshielo para pasar adelante, como escribía en una carta dirigida á los directores del Seminario de las Misiones Extranjeras:

«A mediados de Mayo compraré, Dios mediante, una barquilla, en la que cuento descender el Amur hasta el mar y visitar los Pelos largos. Iré sólo, pues nadie se atreve á conducirme, y mi compañero, pobre cristiano del Leao-tong, vuelve á sus hogares, enfermo de terror y melancolía. Todos dicen que me será difícil evitar las barcas mandarinas que desde San-Sing bajan por el gran río; pero si es voluntad de Dios que llegue á donde intento ir, su brazo puede allanar todos los obstáculos. Sea el que fuere el porvenir, ir adelante me parece, en la circunstancia presente, el deber del misionero, que en la oración que la Iglesia le impone dice á menudo con los labios y el corazón las palabras del sagrado Cántico: «No daré sueño á mis ojos... hasta que haya encontrado un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob.»

Estas palabras en que resplandece el espíritu apostólico, fueron las últimas que escribió el R. de la Brunière. ¡Ojalá sean un día grabadas sobre su sepulcro, cuando los tártaros á quienes quería evangelizar hayan inclinado su frente ante la cruz triunfante!

EN LA COSTA DE ORO

(AFRICA OCCIDENTAL)

DIARIO DEL R. P. GALLAUD

II.—En Elmina (continuación)

Los negros ¿son inteligentes?

ESTA cuestión surge por sí misma al hablar de las escuelas. Pudiera satisfacerse á ella con ejemplos como el de Dessalines, primer emperador de Haití, nacido en la Costa de Oro, y que á haber vivido en Grecia dos mil años atrás, Plutarco lo hubiera colocado en su Panteón de héroes, donde no figuraría mal entre Teseo y Rómulo.

Amo es menos conocido. Véase, no obstante, lo que leo en una *Biografía universal*: «Amo, negro, nacido en la Costa de Oro en 1700, fué conducido á Holanda en 1707 y entregado al duque de Brunswick, quien le hizo estudiar en Halle y después en Wittemberg, donde, gracias á sus profundos conocimientos astronómicos y literarios, abrió cursos que fueron muy frecuentados.»

Estos son ejemplos particulares.

Pero, en fin, los negros en general ¿son inteligentes?

Desde luego es preciso convenir en que los negros están colocados en condiciones desfavorables.

Los europeos se sirven, para instruirse, de su propia lengua; los negros se ven obligados á emplear una extranjera enteramente distinta de la suya. Nunca la sabrán bien, como un europeo no puede aprender perfectamente una lengua extranjera sino la usa fuera de la clase. ¿Son numerosos por ventura los sabios que en Francia y otros países, después de pasar su vida estu-

diando el latín y el griego, pueden vanagloriarse de escribir con soltura estos idiomas?

Es probabilísimo que un muchacho blanco, educado en las mismas condiciones que los negros, bajo un clima tan enervante como el de la Costa de Oro, no diferiría mucho de sus compañeros los negros.

Pero, en fin, los negros no han inventado la pólvora, ni las máquinas de vapor, ni el telégrafo, ni siquiera los anteojos. Esto es cierto, y consta que están atrasados.

Encuéntrense aun en las naciones más adelantadas de Europa aldeas primitivas, como perdidas en las montañas, que carecen de comunicaciones con los puntos más favorecidos por la naturaleza, y donde se vive casi como pudiera vivirse en tiempo del patriarca Jacob. La mayor parte de los habitantes mueren sin haber conocido más que de nombre los descubrimientos modernos. Pero ocurre á veces que se envía á la ciudad un muchacho del país para que siga una carrera. En su aldea había tal vez discípulos que le eran superiores por la memoria y aun por esa inteligencia que basta en la escuela primaria. Sin embargo, en un colegio de la ciudad encuentra émulos, pero pocos vencedores, y un día en su aldea quedan atónitos al saber que el muchacho que brilló poco en la escuela rural, es ya un célebre artista ó un sabio de primer orden.

El Africa casi entera es como una de esas aldeas de la montaña. Es un país perdido para el mundo civilizado. Las diferentes naciones directoras de Europa y Asia se han comunicado sus luces, sus descubrimientos y sus progresos de todo género. El Africa ha quedado aislada. Los más grandes imperios han nacido, prosperado, y luego han sido reemplazados por otros: Africa no ha conocido su existencia ni su caída. Estaba separada del resto del mundo por su clima de fuego.

Es poco probable que los europeos ó los asiáticos logren nunca cambiar completamente el estado social y político de Africa: á ello se opondrá siempre el sol. Pero no es imposible que los africanos se derramen un día en lo que hoy se llama el mundo civilizado y produzcan un efecto análogo al de las invasiones de los bárbaros en el siglo V. Así se pondrían paulatinamente al nivel de las naciones invadidas.

Registro de bautismos

Aunque el registro de bautismos no cuenta más que veintidós nombres, es de los más variados. Vense en él niños de algunos días y una mujer de cincuenta años. Algunos pueden vivir aún largos años, mientras que dos han sido bautizados momentos antes de morir. Estos dos últimos eran condenados á muerte. Es de esperar que, como el buen ladrón, alaben hoy á su Salvador en el paraíso.

¿No hay algo de asombroso en esas gracias que Dios concede á los infelices condenados por la justicia humana? ¿No decía Santa Teresa que en España todos los que morían en el patíbulo se salvaban? En la Costa de Oro no puede decirse lo mismo de todos; pero ellos son quienes, entre los adultos, tienen mayores probabilidades de salvación.

Justo es decir que los funcionarios ingleses, aunque protestantes, nos han anunciado más de una vez que tal ó cual persona sería ajusticiada en breve, y que nun-

ca han dificultado nuestro ministerio cerca de los condenados. ¡Dígnese el Señor tenérselo en cuenta!

La mayoría de los nuevos cristianos son muchachos de la escuela, admitidos al bautismo después de haber dado pruebas suficientes de su ciencia religiosa y de su buena conducta.

Las Hermanas en Elmina

La llegada de las Religiosas fué un acontecimiento. Nunca se habían visto en la Costa de Oro mujeres que no se casan, y cuya ambición consiste únicamente en hacer todo el bien posible á sus hermanas de Africa. Eran dos, y aguardábase otra procedente de la Costa de los Esclavos. Una de ellas tuvo que regresar á Europa después de haber pasado tres años en Elmina, y murió en Lyon de una enfermedad de pecho.

La influencia de las Hermanas redobló las fuerzas de la Misión. Hasta entonces habíamos cuidado especialmente á los muchachos. Ciertamente asistían á la escuela algunas niñas sentadas al lado de sus hermanos ó primos, pero sólo habían podido aceptarse las más pequeñas. Las otras supieron con gozo que en adelante no eran harto grandes para ser inscritas como alumnas, y que podrían aprender algo de costura, al mismo tiempo que la gramática y la aritmética, lo que era una feliz innovación en un país en que casi todos los hombres son sastres, pero donde no hay una sola costurera.

El 26 de Diciembre fuimos agradablemente sorprendidos viendo llegar á los PP. Moreau y Henneberry y dos Religiosas. El primero, superior de la Misión, que acababa de pasar algunos meses en Francia, había trabajado tres años en Elmina y organizado perfectamente las escuelas, de las que fué su primer maestro.

Una permanencia de cinco años en la isla de Santa Elena le había familiarizado con la lengua inglesa, y tradujo en fanti un Catecismo. Creo que en caso de necesidad podía servirse del italiano, del portugués, del alemán y aun un poco del nago.

Su compañero, de veintitrés años, estaba dotado de inteligencia viva y gran memoria. Muchas veces improvisaba un sermón en tres minutos, cuando el compañero que debía predicar no podía hacerlo á causa de la calentura; y entonces lo hacía con una facilidad y amplitud que sólo se encuentra entre los oradores mejor ejercitados.

LOS HIPOGEOS DE LA ISLA DE LOS PINOS

(NUEVA CALEDONIA)

ESTUDIO DE ARQUEOLOGÍA PAGANA

POR EL P. LAMBERT, DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

V

Piedras sagradas

RÉSTANOS sólo decir breves palabras acerca las piedras que denominan sagradas. Su empleo se hace comúnmente con gran aparato de ceremonias, capaces por su duración de cansar á los más pacientes. No haremos más que señalar los principales actos que se refieren directamente á la piedra.

Poseemos la colección de las piedras de que vamos á hablar.

1.º *La piedra del hambre*

Nuestros indígenas cuentan con una piedra á la que atribuyen la propiedad de hacer que haya alternativamente el hambre ó la abundancia en el país. Sin embargo, le dan el nombre de piedra del hambre por la razón de que el evocador opera principalmente con un intento interesado, para que padezcan hambre los hombres de la tribu.

Esta piedra es de jade pulimentado; su natural lugar es el cementerio, de donde saca su virtud. Cuando el evocador quiere operar, se dirige al lugar donde se halla la piedra, la descubre y la frota con ciertas plantas, y pinta de negro una mitad. Luego abre en el suelo un hoyo para ocultar en él la parte ennegrecida de la piedra. Formula entonces la súplica, pidiendo á los antepasados que nada prospere en su país. Si, por casualidad, el maleficio surge efecto, el evocador no tarda en recibir mensajeros con regalos, rogándole que cese el azote. Entonces el brujo frota de nuevo la piedra, la rocía con agua, la remueve, poniendo en tierra lo que estaba descubierto, y suplica á los antepasados que reine otra vez la abundancia.

2.º *Piedra de la locura*

Esta es una piedra bruta. Nuestros paganos tienen la pretensión de servirse de ella para hacer producir actos de locura en un individuo. Esta piedra tiene su lugar fijo como los otros en los lugares sagrados. El poseedor que quiere servirse de ella se provee de ramas de un árbol especial, se aproxima á la piedra, y le da golpes repetidos, pidiendo á los espíritus que tal ó cual enloquezca, que riña con sus vecinos, que sólo parezca en público de una manera inconveniente, en una palabra, que se haga insoportable á todos. Cuando juzga á propósito volverle á su estado normal, le da á beber cierta agua, con lo que recupera la razón.

3.º *Piedra de los cocoteros*

Está llena de rayas negras que figuran hojas de cocotero. Los insulares se sirven de esta piedra, del modo ordinario, para obtener buena cosecha de cocos, frutos tan útiles para los indígenas.

Poseen asimismo otra piedra simbólica que tiene la forma de un coco tierno, de la que se sirven para maldecir una plantación de cocoteros. Al efecto frotan la piedra en el cementerio con ciertas hojas, y luego van á hacer un hoyo al pie de un cocotero, donde depositan la piedra y la cubren, pidiendo que todos los árboles de la plantación sean estériles.

4.º *Piedra del árbol de pan*

Para hacer fructificar el árbol de pan tienen dos piedras imitando una el fruto rudimentario que sale apenas de la rama, y figurando la otra el fruto en su madurez. Cuando llega la estación en que el trabajo de la savia hace brotar el fruto, van á buscar la piedra, y después de las súplicas y formalidades de costumbre, la hunden al pie de uno de estos árboles. Con esta condición obtienen que se fijen los frutos en la rama y que no se corran. Cuando los frutos están sólidos y presen-

tan buen aspecto, hay que hacerles crecer. Al efecto reemplazan la piedra pequeña con la grande, y cuando los frutos llegan á su madurez, las vuelven ambas al cementerio.

5.º Piedra para las úlceras

Tienen la pretensión de poder afligir á un enemigo con la horrible plaga de las úlceras mediante la llamada *piedra de las úlceras*, que guardan en el cementerio en un cobertizo hecho al efecto. Esta piedra es basta, y tiene un agujero en el centro. El evocador que quiere servirse de ella prepara un lugar para recibirla; y debajo hace fuego con determinada clase de leña, que

usan siempre con el fin malvado de causar la muerte al prójimo. Todas las ceremonias que se refieren á ellas están envueltas en el mayor misterio. Así me ha costado mucho obtener algunos pormenores.

Véase la manera de proceder:

El operador coloca en un cesto de juncos cierta clase de hojas: suspende la piedra en la abertura del cesto fijándola ligeramente por ambos extremos: en seguida pone transversalmente otra piedrecita oblonga, rugosa, en el agujero de la piedra y sobre la misma. Luego cuelga de un árbol el cesto, para que el viento pueda fácilmente agitarlo y provocar el roce de la piedra pequeña con la grande.

Esta representa el corazón de la víctima, la cual en virtud del roce se encuentra roída por el espíritu malo. Esta operación se hace con gran aparato preliminar para la ofrenda y los sacrificios. Ante todo se procede á la pesca del sargo, único pescado admitido en esta clase de sacrificios. Figura también en ellos una especie de plátano que por lo mismo se tiene por sagrado y que nadie puede comer sin exponerse al maleficio. Para el acto se preparan muchos víveres, el evocador come un poco de ellos, y deja el resto para los espíritus.



TIERRA SANTA.—Fachada de la basílica del Santo Sepulcro. (Pág. 167)

pasa y repasa en el agujero de la piedra que representa los antepasados «¡para que tal ó cual se vea cubierto de úlceras!» En seguida vuelve la piedra á su lugar hasta que otro maleficio reclame su nuevo empleo.

6.º Piedras para causar la muerte

Obran en nuestro poder tres piedras que han pertenecido á diferentes familias. Una de ellas, de jade, tiene la forma de un doble pasador náutico, y debe costar no poco trabajo el hacerla. (Fig. 1). Las otras dos son piedras esquistosas cortadas, una de las cuales semeja un azadón con un agujero en el centro (fig. 2), y la otra un sable de polizonte. (Fig. 3). Estas piedras se

ATROPELLO EN BELEN

Los Religiosos Franciscanos de Palestina, que vienen desde hace seis siglos representando y defendiendo contra cismáticos griegos y armenios los derechos de toda la cristiandad á costa de trabajos inenarrables, de sangre y hasta de sus caras vidas, acaban de recibir un nuevo y doloroso bofetón que, no por proceder de los sectarios de Focio, les enrojece de vergüenza, sino más bien por haberse visto privados de una protección que con justicia reclamaban y que solemnemente les está acordada por convenio de todas las naciones católicas europeas.

El hecho aconteció en Belén el día de la Epifanía de este año; y promete tener resonancia en Europa, á juzgar por las noticias muy comentadas que ya publicaron los periódicos extranjeros, y por haber tomado cartas en el asunto algunos cónsules católicos de Jerusalén. Bajo malos auspicios ha comenzado el año 97 para los legítimos custodios de aquellos venerandos Santuarios, donde debieron tener fija la vista todos los católicos del mundo que los rescataron y embellecieron con sus limosnas, y aun hoy los sustentan con gran parte de sus sudores y trabajos.

Dados (y admitidos por ambas partes) los tratados antiguos que constituyen lo que hoy llamaríamos un *statu quo* entre los católicos latinos y los disidentes que offician en unos mismos Santuarios, cada comunión tiene sus derechos propios, inalienables, que representan para la comunión contraria otros tantos deberes;

derechos y deberes respectivos que no son letra muerta, como pudiera creerse de la felonía griega, sino práctica constante, inveterada y aprobada además por el Gobierno otomano. Una de esas costumbres prácticas es la de celebrar cada rito á horas fijadas y en determinados lugares, sin que á nadie le sea dado impedir las funciones del otro, ni entrometerse, ni buscar medios de romper una paz que, no porque sea más exterior y forzada que sincera, debe ser menos durable.

Pero como los griegos, soberbios y ambiciosos cual ninguno y no nada escrupulosos, deben justificar su eterna patraña, de que todos los Santuarios son pertenencia suya, aprovechan cuantas ocasiones favorables se presentan á su altanería y vil pretensión para despojar de sus derechos tradicionales á los Religiosos *francos*, como llaman á los Franciscanos, precipitando así frecuentemente cuestiones complicadas por su malicia y diabólicas artes, y dando lugar á altercados y reyertas odiosas de que no suelen salir bien parados, si bien la obstinación propia del cisma les impulsa siempre á volver á la carga. Para ello cuentan con dos elementos á cual más valiosos y eficaces; el político y el religioso: de una parte el Gobierno turco adherido á ellos más que á los nuestros por los vínculos de nacionalidad, patriotismo y lenguaje, y fácil además de ser sobornado con dinero; de otra, Rusia, la cismática Rusia, cuyos representantes en aquellas partes hacen más religión que política, y atienden menos á intereses puramente materiales que á alimentar ambiciones añejas respecto á los Lugares Santos.

Sabido es que los griegos cismáticos, despreciando la corrección gregoriana del calendario, van retrasados 12 días en el año, y por eso celebran la fiesta de la Natividad del Señor el día 6 de nuestro Enero, cuando los latinos conmemoran la adoración de los Reyes Magos en la misma Gruta donde la Virgen dió á luz á su Unigénito. A esta Gruta sagrada dan ingreso dos escaleras que, partiendo de la Basílica de Santa Elena una por el Norte y otra por el Sur, van á encontrarse en frente del punto mismo donde se verificó el faustísimo acontecimiento. La del Sur pertenece á los griegos, y la de Norte á nuestros Religiosos; y nadie puede penetrar en el sagrado antro en acto de celebrar funciones religiosas si no es por su propia puerta y correspondientes escalas. Con todo, los sectarios comenzaron hace seis años á pasar por la puerta de los latinos, arrollando la primera vez al sacristán de éstos, que se opuso decididamente, y haciendo después ineficaces todas las protestas del cónsul francés de Jerusalén, que es el legítimo *Protector* de los Religiosos de la Tierra Santa. Hasta donde se extiende, *de hecho*, esta protección, nuestros lectores lo juzgarán por el curso de los acontecimientos.

Tratábase este año de impedir á todo trance el paso de la procesión griega por la escalera de los latinos, y el dignísimo guardián español, M. R. P. José Nóvoa, de Menores Observantes de Compostela, había dado ya preventivamente todos los pasos conducentes á un arreglo definitivo, justo y no depresivo para los Franciscanos. La embajada francesa de Constantinopla había dado también todas las seguridades de que no se repetiría este año el atentado de los anteriores, por

cuanto la *Sublime Puerta* reconocía el derecho intangible de los Religiosos francos; á pesar de lo cual los hechos vinieron á probar que todo era embeleco político y fórmulas de oficio más ó menos reñidas con la realidad de las cosas. Los acontecimientos que se desarrollaron después prueban hasta la evidencia que, ó no era verdad tanta belleza; ó si lo era, se trataba ocultamente de pisotear ese mismo derecho intangible, pasando por todo á trueque de contentar al cisma y no precipitar cuestiones enojosas para los que se hallan contentos con su triste suerte de ser agentes y representantes de una nación ministerialmente masónica y aliada de otra esencialmente disidente de la Iglesia romana.

Las circunstancias prueban que el atentado griego estaba bien preparado y fraguado á la sombra del soborno más ignominioso, y contando con la impotencia, por no decir benevolencia ó cooperación consular francesa. Que por algo habían de gastar los griegos *aquella sola mañana más de 24,900 francos*, y por algo también iban armados de rewólvers y desmesurados cuchillos.

Eran las dos de la mañana del 6 de Enero cuando el aludido Padre Guardián, acompañado de algunos legos de diferentes nacionalidades, se constituía en medio de su escalera para estorbar el pase griego. *Doscientos cincuenta* soldados mandados por un comandante y varios oficiales turcos se hallaban corridos en dos líneas guarneciendo las dos consabidas entradas de Santuario, después de hacer desalojar éste para evitar desgracias; de suerte que no quedaban allí sino un Obispo griego oficiante, sus genízaros y acólitos, en total cinco personas. Así pasaron las horas hasta las ocho y media. Después de las cinco se telegrafió al bajá de Jerusalén, que contestó: «Los griegos salgan por donde han entrado,» ó sea por su propia escalera; respuesta que hizo fuerza al Obispo cismático para comenzar la procesión por lugar debido, cuando he aquí que se presenta delante de él un griego, quien, rewólver en mano, le intima volverse atrás «aunque tenga que esperar la Navidad del año siguiente,» si no quiere morir allí mismo.

A eso de las ocho y media llegaba á Belén el cónsul general francés M. Ledoulx. Acompañado del reverendísimo Padre Custodio de Tierra Santa se presentó en la Santa Gruta, saludó afectuosamente al Padre Guardián, y le manifestó sin rodeos ni preámbulos que su misión no era otra sino la de relevarle de aquella fatiga, ocupar su puesto y dar solución satisfactoria á aquel caso; que, por lo tanto, le rogaba tuviese á bien abandonar aquel lugar y cederle aquel puesto de honor que á él pertenecía; que prometía, en fin, arreglar para siempre la cuestión, y cargaba, por devoción y obligación suya, con todas las reponsabilidades que se siguiesen.

El Padre Guardián contestó muy dignamente que reconocía en M. Ledoulx al legítimo Protector de los Franciscanos de Tierra Santa que reclamaba por tanto su favor y protección en aquel trance; y que, como superior local, creía no poder en conciencia abandonar á otro un puesto que el debía defender á todo trance, así tuviese que perder allí la vida. M. Ledoulx, colmando

de elogios la actitud del P. Nóvoa, vuelve á la carga de sus votos y promesas.

Por fin, el reverendísimo Padre Custodio, que á todo estaba presente y había oído aquel diálogo de un cuarto de hora, propuso al Guardián la conveniencia de retirarse para dar lugar al cumplimiento del voto del cónsul protector. Custodio y Guardián se retiran, y M. Ledoulx comienza su gestión, la más antilógica que se conoce en los anales consulares. Conteniendo por un momento el avance de los griegos, que ya subían por aquellas gradas que habían sido testigos de la firmeza, y heroísmo de los frailes, se dirige el *Protector católico* al mudir (gobernador civil de Belén); formula su protesta que hace traducir en griego, árabe y turco; vuelve á los oficiantes, les ofrece libremente el paso, diciendo, eso sí, que *por aquella sola vez, que será la última*; y una salva de aplausos corona su obra.

Horror nos causa decirlo; pero la realidad se impone, y la exactitud histórica del hecho debe constar para descargo de la seráfica Custodia de Tierra Santa.—X.

CRÓNICA

Francia.—En la página 145 damos el retrato del R. D. Enrique Armbruster, misionero apostólico y superior que fué del Seminario de las Misiones Extranjeras de París. Nació en Langres el 22 de Junio de 1842, é inclinado á la piedad desde muy joven, siguió la carrera eclesiástica. Ordenado sacerdote el 26 de Mayo de 1866, partió para el Japón el 14 de Julio siguiente. Al llegar á su Misión trabajó con ardor en la propagación del Evangelio bajo la dirección del Ilmo. Petitjean. Después de haber administrado durante algunos años la cristiandad de Yokohama, fué enviado á Hacedata, donde fundó una residencia.

En 1874 la obediencia le llamó á París para ocupar el puesto de director del Seminario y representar en el Consejo de Administración de la Sociedad, las Misiones de Mandchuria, Corea y Japón.

Desempeñó su cargo con el mayor celo, hasta que el 20 de Enero de 1896 fué acometido de un ataque de apoplejía, del que falleció confortado con los últimos Sacramentos, el 26 de Enero, fiesta de la Santa Familia.

Inglaterra.—La contestación del Episcopado protestante de Inglaterra á la Bula *Apostolicæ Curæ*, declarando nulas las ordenaciones anglicanas, ha producido pésimo efecto en las filas de la herejía.

En primer lugar, porque firman el documento el Arzobispo de York y el de Cantorbery solamente, en nombre, por supuesto, de todos sus compañeros. El motivo no es otro que las discrepancias que existen en el que pudiéramos llamar alto clero anglicano sobre la misión del sacerdote, discrepancias que han sido parte á impedir que la declaración fuera colectiva.

En segundo término, porque á la legua se nota la falta de argumentos sólidos contra la contundente Carta apostólica de Su Santidad León XIII. Los Primados de la Inglaterra protestante, limitanse á decir tres ó cuatro generalidades bien conocidas, ó particularizando en cuestiones que nada tienen que ver con las ordenaciones anglicanas, como, por ejemplo, la diferencia entre el rito de la confirmación de la Iglesia de Oriente y el de Occidente.

Veamos, pues, qué consecuencias ha tenido la decisión pontificia. De una parte, ha desconcertado á los herejes, sobre todo á los que con miras interesadas exigían la declaración de validez de las ordenaciones como el precio de la unión á la Iglesia romana, y de otra ha dado lugar á que muchos anglicanos de buena fe se apresuren á abandonar los errores protestantes para abrazar la única Religión verdadera.

Alto Egipto.—El R. P. Rolland, superior de la Residencia de los Padres Jesuitas de Minieh, al enviarnos una fotografía que reproducimos en el grabado de la pág. 157, nos dice:

«La carta del Papa *ad Coptos* ha producido ya frutos. En su visita pastoral el Ilmo. Cirilo recibió multitud de peticiones hechas por disidentes que se declaran prontos á entrar en la comunión de la Iglesia romana.

«Hemos multiplicado las iglesias y escuelas tanto como nos lo han permitido nuestros recursos, confiando en la generosidad de los católicos para realizar los planes que se conciben respecto á la conversión de los coptos y á la extensión del reinado de Jesucristo en esta tierra de Egipto, donde el Salvador buscó un refugio en la persecución. Esta confianza no se verá defraudada. Nuestro Señor tiene miras especiales de misericordia sobre esta patria de los Atanasio, Antonio y Cirilo, y el Sumo Pontífice comparte la opinión de los que creen, que el retorno tan deseado del Oriente á la comunión católica comenzará por los coptos.

Para acelerar en Egipto este movimiento de retorno, además del Seminario fundado en Minieh en nuestra misma residencia, hemos abierto un noviciado copto en la casa de las Religiosas siríacas de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Así esperamos penetrar en el seno de todas las familias y de todos los miembros que las componen el beneficio de la instrucción y educación católicas, de las que hasta el presente queda privada la mujer en el Alto Egipto.»

Noticias varias.—Se está instruyendo expediente en Llerena (Badajoz) para pedir al Papa la canonización del Rdo. Padre Fr. Juan Pizarro, mártir en Costa Rica al final del siglo XVI.

La Orden de San Francisco, á la que pertenecía el Religioso Llerenense, ha pedido los antecedentes de éste para unirlos al expediente.

—Dicen desde Berlín:

«Las iglesias protestantes de Alemania no pueden consolarse del espíritu de unidad que constituye la fuerza de la Iglesia católica. Las unas declinan y otras no tienen ninguna vitalidad, mientras que la Iglesia católica ha salido del Kulturkampf más floreciente que nunca.

Las causas de la decadencia de las iglesias protestantes son numerosas. El antiguo predicador de la corte, Stoecker, el célebre agitador socialista cristiano, las ha enumerado ha pocos días en una reunión pública, indicando su remedio, que consiste en la confesión de un cristianismo positivo y en la liberación de la tutela del Estado.»

VARIEDADES

EL DOMINGO DE RAMOS EN JERUSALEN

No asomaba todavía el sol por detrás del pintoresco y sagrado monte de las Olivas el domingo 5 de Abril de 1857, cuando estábamos reunidos ya todos los peregrinos católicos, en el patio de la casa hospedería del convento de San Salvador de Jerusalén. Nadie nos había advertido de antemano, ni se había hecho mención la víspera, de la hora en que debíamos levantarnos, y sin embargo, los primeros rayos del astro del día, que vinieron á dorar los altos muros de la *Casa nova* nos hallaron á todos de pie, reunidos en las galerías del convento; y cuando el dulce y simpático Fr. Salvatore vino á servirnos el café, que era nuestro ordinario desayuno, se admiró mucho de que todos hubiésemos dejado tan temprano nuestro lecho. Españoles, franceses, italianos, belgas, austriacos, húngaros, americanos, malteses, todos habíamos tenido la misma inspiración, el mismo pensamiento, el mismo deseo; todos habíamos querido ver nacer en la augusta Sión el aniversario del

día solemne en que hizo en ella su entrada triunfante el Hombre Dios, á quien poco después escarnecían sus habitantes, pendiente de una cruz en la cumbre del Gólgota sangriento; todos queríamos hacer resonar una vez más en aquella tierra privilegiada el *Hosanna in altissimis Filio David*, con que el pueblo de Jerusalén saludó al Mesías que se dignaba visitar su ciudad predilecta, su ciudad santa, donde sabía el afrentoso suplicio que le tenían reservado, y acerca de cuya ruína lloró como llora un padre tierno al contemplar los errados pasos de un hijo ingrato á quien ve precipitarse en un abismo. El pobre lego comprendió, ó por mejor decir, leyó en nuestros rostros la ansiedad y el deseo de que estáramos poseídos, y doblando la rodilla alzó al cielo los brazos y nos dijo: *Benedictus qui venit in nomine Domini*, á lo que contestamos á coro: *Benedictum quod venit regnum patris nostri David*.

Los Religiosos españoles que son todavía numerosos, en Tierra Santa, á pesar de las vicisitudes por que han pasado sus compañeros en Europa, y se distinguen por su caridad evangélica y por el esmero con que procuran obsequiar y complacer á los peregrinos, gozosos de tener aquel año, entre los que de todos los países llegan por esta época á Jerusalén, un número mayor de españoles que había visto desde mucho tiempo, y de que la presencia del comisionado regio D. Miguel Tenorio de Castilla les permitiese ver tomar á su patria el rango é importancia que de derecho le corresponde en aquellos lugares, á los cuales tan y tantas repetidas muestras de afecto y deferencia han dado los monarcas españoles, nos habían invitado á reunirnos en la celda del Padre procurador Fr. D. Antonio Sevilla, y en las lejanas tierras del Asia nos juntamos quince españoles y tuvimos el gusto de desayunarnos, por primera vez después de nuestra salida de Europa, con el clásico y modesto chocolate, que vino á recordarnos una vez más las sencillas y tiernas costumbres de nuestra patria.

En unión después con los demás peregrinos, que habían hecho el viaje con nosotros, y que formaban parte de la caravana francesa que todos los años se organiza en Marsella para visitar los Santos Lugares, fuimos á ofrecer nuestros respetos á monseñor Valerga, patriarca de Jerusalén que habita una modesta casa cerca la puerta de Jaffa. Recibíonos este venerable Prelado, intrépido y modesto misionero, que después de haber recorrido gran parte del Asia predicando la doctrina del Evangelio, cayó en poder de los turcomanos que le causaron toda clase de insultos y atropellos y aun le atravesaron con una lanza, manifestándonos la mayor satisfacción por verse rodeado de tantos europeos, y nos obsequió con los frugales pero exquisitos regalos que las circunstancias permitían. Salimos luego precedidos por doce genizaros que herían el suelo con acompasados golpes de sus bastones, y recibimos durante el tránsito hasta la iglesia las mayores muestras de respeto y deferencia: nuestro representante D. Miguel Tenorio, que vestía el uniforme de maestrante y ostentaba en su pecho la gran cruz de Isabel la Católica, la de comendador de Carlos III y la de San Juan de Jerusalén, llamaba muy especialmente la atención de aquellos sencillos habitantes del desierto, que se inclinaban á su paso profundamente y decían, llevando la mano á la

boca, al pecho y á la cabeza: *Salem Bajá*, que es uno de los más respetuosos saludos.

Pasamos de este modo por una puerta baja, practicada en una especie de muro que cierra las dos únicas bocacalles que conducen á la plaza del Santo Sepulcro (*V. el grabado, pág. 164*), y por entre una doble fila de vendedores de rosarios griegos, cruces y relicarios de distintas clases y otros varios objetos de veneración ó curiosidad para los peregrinos, llegamos en breve á la puerta del misterioso templo cuyo recinto encierra los lugares más sagrados de la Religión del Crucificado. Una guardia de tropas regulares, encargada de conservar el orden, nos esperaba en el atrio del templo, y aquellas tremendas puertas, que tan difícilmente daban en otros tiempos paso á los peregrinos cristianos, se abrieron de par en par ante los genizaros del Patriarca.

Después de haber atravesado la puerta se encuentra la piedra de la unción sobre la cual fué depositado y embalsamado por sus discípulos el cuerpo del Salvador; algunas lámparas se balancean encima de esta piedra misteriosa que besan todos los peregrinos al entrar y salir de la iglesia, reemplazando con esto la falta de las pilas de agua bendita de los templos católicos, que no existen en el Santo Sepulcro. A la izquierda se eleva una pequeña altura á la que se sube por algunas gradas, y sobre la cual hay construídas dos capillas, ó más bien una pequeña iglesia con dos altares; es el Calvario, y estos dos altares los sitios donde tuvo lugar la crucifixión del Redentor y donde se enarboló la cruz, símbolo hoy de nuestra Religión: pocos pasos más allá nos encontramos debajo de la inmensa y mal restaurada cúpula que cubre el Santo Sepulcro, sobre el que se eleva una pequeña pero magnífica capilla de mármol; delante de ella está el rico y hermoso coro de los griegos, resplandeciente de adornos y dorados, y sobre el cual se eleva otra cúpula no tan grande pero más sólida y decorada que la que cubre el santuario, á cuyo derredor vienen á postrarse todas las naciones cristianas: ésta fué, según refiere Eusebio, construída de orden del emperador Constantino por Macario obispo de Jerusalén, y después de mil vicisitudes en que saqueado el templo por Cosroes II, reconquistada la cruz por Heraclio, fué el templo reedificado por otro obispo de Jerusalén llamado Modesto; nuevamente fué destruída por el sultán Hakem y otra vez restablecida por los cruzados. Tomada de nuevo la ciudad por los mahometanos, si bien los cristianos á precio de oro pudieron conservar el Santo Sepulcro, fuerza les fué retirarse cuando Melech Serach tomó la ciudad é hizo pasar en ella á cuchillo veinte mil adoradores de Jesucristo; volvieron los Religiosos á Palestina, pero les hostigó y maltrató crudamente, hasta que á mediados del siglo XIV, merced á la protección del rey de Sicilia Roberto, les fué permitido, pagando sumas enormes, tener en Jerusalén un establecimiento permanente cerca del templo y celebrar en él los Santos Misterios...

En 1808 consumió un voraz incendio casi por completo la iglesia del Santo Sepulcro, y al quererla reedificar de nuevo, la pobreza de los cristianos quiso que los griegos y armenios, sobremanera ricos, pues venden á peso de oro el perdón de los pecados y hasta la en-

trada en el paraíso, se encargase de levantar este santuario, haciéndose dueños de la mayor parte del mismo y relegando á los latinos, únicos poseedores en otro tiempo de esta preciosa joya del Cristianismo, á una pequeña é insignificante parte del templo, donde celebran con suma estrechez sus funciones religiosas, cubiertos por una modesta lona apenas bastante á salvarles de la lluvia que penetra por el centro de la cúpula, abierta como el panteón de Roma, mientras los cismáticos popes griegos, cantan sus monótonas salmodias en dorados y magníficos sillones y en un espacioso coro que tiene más de 170 metros cuadrados.

Frente á dicho coro, y en el pequeño espacio que media entre éste y la capilla del Santo Sepulcro, que apenas cuenta treinta metros, tienen lugar todas ó la mayor parte de las solemnes y augustas ceremonias del rito latino; allí, frente á la puerta del Santo Sepulcro, se habían colocado algunos bancos que servían de coro á los Religiosos, y junto á ellos, á la parte del Evangelio, un sitial para el Patriarca y algunas banquetas para los asistentes, al lado de la Epístola, dos reclinatorios para los cónsules de Francia y España, que más tarde fueron aumentados con otro para el representante de Austria, que no había disfrutado jamás anteriormente tan honorífico privilegio. También al comisionado español quiso disputársele esta deferencia, que el cónsul francés pretendía ser exclusiva de su nación como protectora que se llama de los Santos Lugares; pero el Sr. Tenorio con el apacible pero enérgico lenguaje de la razón, supo hacerles entender que para asistir á las funciones religiosas, en cuyos vasos sagrados, ornamentos, candelabros y demás alhajas se ven por do quiera esmaltadas las armas de España, le bastaba al representante de esta nación la bandera española, que extendería al lado del reclinatorio del cónsul francés, y sobre la cual hincaría su rodilla sin temor de que nadie le obligase á levantarse. Accedióse, pues, á que ocupase la España el lugar que de derecho le corresponde, y detrás de los cónsules nos colocamos todos los peregrinos seglares, pues los sacerdotes habían tomado asiento en el coro, entre los Religiosos franciscanos.

Revestidos el Ilmo. Valerga con los hábitos pontificales, á los que daba mayor realce su larga y poblada barba, que dejaba apenas percibir el pectoral y el sagrado palio que cubría sus hombros, llamó en la puerta misma del santuario la bendición del cielo sobre las palmas, que repartió después por su mano á los cónsules, Religiosos y peregrinos, y con las cuales se hizo una solemne procesión dando tres vueltas al rededor de la capilla del Santo Sepulcro, á cuya puerta llamó el diácono con el brazo de la cruz, y se abrió para dar entrada al Patriarca y sus asistentes, únicas personas que cabían en aquel reducido santuario.

Así que salieron dió la procesión la última vuelta, mientras delante de dicha puerta se levantó un altar en que se celebró todo el oficio del Domingo de Ramos según el Ritual Romano, con sola la diferencia de que los cantores del *Passio*, que eran tres Franciscanos, al llegar á los pasajes que habían tenido lugar en aquel memorable recinto, añadían el adverbio *hic* que daba á su lectura un realce imposible de describir.

Antiguamente salían los Religiosos al pequeño pue-

blo de Betfage, situado detrás de la montaña de los Olivos, entre Betania y Jerusalén, y allí recordando los pasos del Salvador y siguiendo las palabras del Evangelio de San Mateo, el guardián custodio, pues á la sazón no había Patriarca, montaba en una borriquilla sobre la que extendían sus capas los demás Religiosos, y entraba procesionalmente en Jerusalén, no por la puerta Aurea, hoy tapiada porque forma parte del recinto de la mezquita de Omar, sino por la de Sión, que se halla al S. O. de la ciudad. Los turcos y los demás habitantes de Jerusalén les insultaban é injuriaban con frecuencia en el curso de esta procesión, y aún dentro de la iglesia se repetían algunas veces escandalosas escenas de desorden, especialmente si con la Pascua de los católicos coincidía la de los griegos, armenios, siriacos y coftos, lo que no siempre sucede en razón á no haber estas naciones adoptado todavía la corrección gregoriana del calendario. Hoy hace ya muchos años que no tiene lugar aquella ceremonia, celebrándose todas dentro del templo, donde como hemos dicho cuida de conservar el orden una guardia turca, cualquiera que sea la nación que celebra sus funciones, dando en esto aquellos bárbaros habitantes del imperio musulmán una prueba práctica de tolerancia religiosa, que no era de esperar del fanatismo con que sostienen sus creencias.

Multitud de peregrinos de todas sectas y naciones se agolpaba á nuestro paso contenidos por una doble fila de soldados, que inmóviles observaban todo aquel majestuoso aparato de una Religión que no es la suya, y gracias á que aquel año no celebraron los griegos la Pascua hasta el 19 de Abril, siete días después de la de los católicos, pudimos dar á las funciones de nuestra Semana Santa todo el tiempo y detenimiento necesario. Todas las naciones católicas estaban representadas por peregrinos en aquel lejano país, y en la procesión de este día ostentaban palmas en las manos dentro del santuario de Constantino, españoles, franceses, italianos, belgas, ingleses, austriacos, húngaros, portugueses, americanos, malteses, griegos, turcos, egipcios, siriacos, judíos, samaritanos y otros varios habitantes de todos los ámbitos del mundo. Tres solas mujeres representaban al bello sexo de la Europa católica en aquellas apartadas regiones, si se exceptúan las Hermanas de Caridad francesas que cuidan allí de los peregrinos enfermos y de la educación de la juventud, dos damas aristocráticas del imperio de Austria y una pobre bretona, que había hecho el viaje á pie en medio de toda clase de privaciones y sacrificios.

Terminada la solemne ceremonia que se había prolongado hasta una hora muy adelantada, pero que á todos se nos hizo sumamente breve, tal era el placer con que nos veíamos en aquel Santo Lugar, al que habíamos llegado tras largos días de viaje y de peregrinación, salimos del templo profundamente conmovidos, elevando cada uno en sus manos la palma bendecida, que más tarde habrá colgado en los muros del hogar paterno para que le recuerde en su edad avanzada el viaje que hizo al país de Jacob y de Jesucristo.—† DIEGO JOAQUÍN BALLETER.